

1
PTA

**EDICIONES
BISTAGNE**

SUSAN LENOX

**GRETA
GARBO**

**CLARK
GABLE**

NC 007-241

SUSAN LENOX

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

SUSAN LENOX

Magnífico asunto sentimental, apasionante y conmovedor,
de extraordinario éxito

Director:

ROBERT Z. LEONARD

Es un film Metro-Goldwyn-Mayer

Distribuido por

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Reparto

Susan Lenox.	<i>Greta Garbo</i>
Rodney	<i>Clark Gable</i>
Ohlín	<i>Jean Hersholt</i>
Burlingham	<i>Jhon Miljan</i>
Mondstrum	<i>Alan Hale</i>
Mike Kelly	<i>Hale Hamilton</i>
Astrid	<i>Hilda Vaughn</i>
Doctor	<i>Russell Simpson</i>
Madame Panoramia	<i>Cecil Cunningham</i>
Robert Lane	<i>Ian Keith</i>

Susan Lenox

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

Caía la nieve con persistencia demoledora. El valle, el bosque, la montaña..., todo estaba cubierto por la sábana blanquísima e inmensa de la nieve.

El cochecillo del doctor avanzaba trabajosamente a través de los formidables obstáculos que le oponían la noche y la nevada.

Había sido llamado con urgencia. ¿Llegaría a tiempo? Eso era muy difícil en aquellos parajes donde cada casa estaba alejada algunos kilómetros de la más próxima, y don-

de no había más medio de comunicación que el que cada cual pudiera proporcionarse a su costa. Él tenía un caballo y un cochecillo y a ellos estaba supeditada toda la urgencia de los avisos.

Cuando por fin llegó a la casa, Ohlín, un hombre de edad avanzada, recio y corpulento, de duras facciones y mirada más dura todavía, exclamó:

—Creo que llega usted demasiado tarde, doctor.

Pero él contestó con esta pregunta:

—¿Dónde está la enferma?

Le indicaron una escalerilla que conducía al piso superior, y por ella desapareció el médico con su maletín.

Toda la casa estaba sumida en tinieblas. La luz mortecina de los candiles apenas lograba disipar las sombras de su alrededor en un radio de medio metro. Más allá de este límite, se ahogaba en la densidad tenebrosa de aquel interior.

El aspecto de la casa era además miserable. Algunos muebles rústicos y viejos. Las gradas de la escalerilla de madera habían crujido bajo las pisadas del doctor.

Detúvose éste ante el lecho de la enferma. Rápidamente se quitó la americana y se arremangó las mangas de la camisa. Abrió el maletín, extrajo algunos aparatos.

Con la ayuda de la única mujer que había en la casa empezó a trabajar.

Momentos después depositaba una niña sobre la mesa.

—¡Pronto! ¡Agua caliente!

La mujer que le ayudaba desapareció escaleras abajo.

Tras ella bajó el doctor para dar la noticia.

—La madre ha muerto, pero puedo salvar la criatura.

Pero Ohlín, lejos de alegrarse, contrajo los músculos de su rostro, dando a su semblante una inexorable expresión y dijo:

—La niña debe morir. Es la voluntad de Dios.

Y el doctor leyó este ruego en la mirada de Ohlín:

—No se moleste en salvar esa vida.

La vieja esposa de Ohlín, que se hallaba a la puerta de la cocina, adónde había ido a buscar el agua caliente, exclamó en tono de súplica:

—¡Es tan bonita!

—También era bonita la madre —replicó Ohlín, ásperamente—. Y su belleza sólo le trajo desgracias. Esa niña no debe vivir porque su madre no estaba casada.

Pero el doctor dijo con grave firmeza:

—Mi misión es la de salvar vidas.

Regresó al lado de la recién nacida y estuvo trabajando tenazmente hasta que la niña lanzó su primer grito.

Recibió el nombre de Helga, y muy pronto comenzó su calvario.

No oía más que gritos y órdenes del déspota:

—¡Helga, a trabajar!

Y no importaba que llevara varias horas trabajando incesantemente y que la fatiga la rindiera. Tenía que ponerse a trabajar.

—¡Helga, ponme las botas!

Y corría la niña a calzar al implacable Ohlín.

Así pasaron los años.

Helga fué creciendo, desarrollándose.

Y apenas experimentada la transformación que hizo de la niña una mujer, pudo advertirse que aquellas ropas viejas y miserables, encerraban una belleza extraordinaria.

No era Helga una muchacha bonita en la acepción que suele darse a esta palabra. Esta denominación es común a muchas mujeres y los atractivos de Helga eran algo personalísimo y propio que no podrían encontrarse en ninguna otra mujer.

Bella, sí, pero con belleza de pro-

totipo. Aquel rostro pálido, aquella frente despejada, aquellos labios finos, aquellos ojos un poco adormecidos, pero dotados en cambio interiormente de una vibrante vitalidad, no podían ajustarse a ninguno de los moldes de belleza conocidos y, sin embargo, atraían, cautivaban y apasionaban con una especie de fascinación.

¡Y aquel cuerpo elástico, ondulante, fino y pletórico al mismo tiempo! ¡Aquella indefinible armonía de todas las líneas y de todos los movimientos! ¡Aquella gracia impenetrable de sus gestos y de sus actitudes!...

Sin embargo, todo esto no hacía sino insinuarse bajo las ropas recias, deformes, remendadas.

Había que adivinarlo.

Y todavía atronaban la casa los gritos del tirano:

—¡Helga, ponme las botas!...
¡Helga, a trabajar!

II

Silbaba el viento. Azotaba furiosamente la lluvia la frágil techumbre de la vivienda. Vibraba la tierra bajo el estallido del trueno. Y a través de los cristales de la ventana se veía agrietarse el firmamento en continuos relámpagos.

La casa entera crujía como si fuera a romperse en mil pedazos. Temblaban las puertas a cada embate del vendaval, cuyos potentes silbidos imponían.

—¡Buena noche para el que no tiene abrigo! —exclamó Ohlín quitándose un momento la pipa de la boca.

— ¡Buena, buena! — contestó Mondstrum.

Era éste un amigo de la casa, compañero de trabajo de Ohlín. Tenía algunos años menos que éste, y era tan recio, corpulento y rudo como él.

Aquella visita estaba concertada después de otros acuerdos que tu-

vieron lugar entre Ohlín y Mondstrum.

Rugió el dueño de la casa:

—¡Helga!

Y como pasara un segundo sin que la joven contestara, gritó más fuerte:

—¡Helga! ¡Ven aquí!

Inmediatamente apareció Helga en el umbral.

Mondstrum dejó de fumar para dirigirle una mirada voraz y persistente.

En el rostro de Helga había una medrosa interrogación.

Ohlín fué breve.

—Helga, te vas a casar con Job Mondstrum.

Sonrió el aludido y empalideció Helga.

Aquel hombre con el que apenas había cruzado el saludo media docena de veces, le era profundamente repugnante.

Asco le daba aquel bajo deseo

que leía en sus ojos cada vez que su mirada se posaba en ella.

La esposa de Ohlín, que acababa de salir de la cocina, intervino en favor de ella, tímidamente:

—¡Si apenas se conocen!

—Tiempo de sobra tendrán para conocerse —repuso inflexiblemente Ohlín.

Y dirigiéndose a Helga:

—No voy a dejar que sigas el camino de tu madre. ¡Una vez basta en mi familia!

La cruel alusión hirió en pleno corazón a Helga.

—No lo amo—dijo con un gesto de rebeldía.

Sonrió Ohlín ferozmente.

—Nada puede hacerte cambiar. Lo llevas en la sangre.

Y añadió, golpeando la mesa con el puño:

—Te casarás con Mondstrum. Mi deber es casarte con un hombre serio.

En los labios de Helga se insinuó una réplica, pero Ohlín la atacó:

—¡Basta! Es hora de dormir.

Se retiró Helga. Momentos después se fué a su cuarto la esposa de Ohlín.

Entonces dijo éste:

—Voy a invitarte a una copa.

Depositó dos vasos sobre la mesa y de un escondrijo que había debajo de la escalera, sacó una garrafa.

—Whisky, no del mejor, pero sí del más fuerte.

Una vez llenos los vasos, Ohlín guardó la garrafa debajo de la escalera.

Bebieron, fumaron...

Cuando Mondstrum habló de marcharse, Ohlín exclamó:

—¿Adónde vas con esta tormenta? Quédate aquí.

Y le indicó el camino de su cuarto.

—¡Vaya!, buenas noches —dijo en seguida.

Se marchó. Mondstrum quedó solo.

Primero dirigió una mirada al pasillo adonde daba la puerta de su habitación. Después levantó la vista hacia aquella puerta cercana a la escalera, que Helga había cruzado.

Se abrieron sus ojos, palpitaron las aletas de su nariz. Fué un gesto lleno de feroz sensualidad y de bestial avidez.

Y, en vez de dirigirse a su habitación, fué hacia la escalera, sacó la garrafa y la depositó al lado de la mesa, después de llenar de nuevo el vaso y sentarse.

Del exterior seguían llegando los aullidos del viento, el fragor de la lluvia, el cósmico retumbar de los truenos...

III

Se levantó y, tambaleándose, dirigióse a la escalera.

Subió con toda la celeridad que la inseguridad de sus piernas le permitía.

Abrió la puerta del cuarto de Helga y entró.

Ella despertó en seguida. No había conseguido aún sumirse completamente en el reposo del sueño. Los relámpagos y los truenos se lo impedían. Se hallaba en ese estado de somnolencia que ni es sueño ni es vigilia. Por la ventana sin maderas entraban las deslumbrantes llamaradas de los relámpagos, y en seguida vibraba la casucha bajo el estallido formidable del trueno.

Era una habitación miserable la que ocupaba Helga. Una red de maderos verticales y horizontales servía de sostén al tejado, y los últimos estaban tan bajos que una

persona de regular estatura no podía pasar por debajo de ellos sin agacharse.

Helga vió el semblante temible de Mondstrum a la luz de los relámpagos y comprendió inmediatamente cuáles eran sus intenciones.

Felizmente, estaba vestida. La falta de ropas de dormir le impedía quitarse las que ordinariamente llevaba.

Saltó ágilmente del lecho al mismo tiempo que sobre él se abalanzaba el borracho, con los brazos tendidos, las manos trémulas y el rostro transfigurado por el deseo.

—No me huyas, guapa. ¿No vas a ser mi mujer? Ven, ven a tu hombre, gacela.

Pasó, dando un rodeo, al otro lado de la cama. Helga huyó, pero fué al fin alcanzada por el borra-

cho, cuyas garras se clavaron en su cintura.

Con un esfuerzo sobrehumano, pudo deshacerse de él la joven. Mondstrum retrocedió tambaleándose, pero volvió en seguida contra ella, exclamando burlonamente:

—Me gustan las mujeres de mal genio.

Helga se vió perdida. El borracho había hecho acopio de fuerzas al reanudar el ataque. Se irguió Mondstrum y, riendo y babeando, avanzó hacia ella.

Helga iba a lanzar un grito, pero no tuvo tiempo. La frente del borracho acababa de chocar ruidosamente con uno de los maderos horizontales, y el gigante se desplomó sin sentido.

Por un momento, amenguó la angustia de Helga. Pero en seguida resurgió con toda su intensidad al advertir la inmovilidad del caído.

Se acercó a él. No se movía. Resbalaba por su frente la sangre.

“¡Está muerto!”, pensó.

Y, tras esta idea, acudieron a su mente otras muchas en tropel. La acusarían, la encarcelarían. Ohlín sería el primero en declarar contra ella.

Y el propósito de huir surgió en

su alma como una necesidad imperiosa y apremiante.

Se puso los zapatos y el impermeable y salió del aposento.

Después se lanzó al campo, bajo la lluvia.

Por los declives corría el agua en torrentes. El campo era como una inmensa charca.

No encontraba Helga lugar seguro donde apoyar un pie. El agua disimulaba las profundas depresiones y los pedruscos.

Tropezaba, resbalaba, se hundía. Una caída a cada paso. Pero ella se levantaba y proseguía el camino con decisión. El terror le prestaba energías.

Nunca creía hallarse bastante lejos de la casa de Ohlín, y ya llevaba huyendo algunas horas.

No había hallado en el largo camino el menor vestigio de vida. De pronto, creyó distinguir una luz. Corrió. Sí, era una casa.

Estaba rendida de fatiga. A pesar del impermeable tenía las ropas empapadas. Sentía un frío intenso y una mortal flojedad en todos sus miembros. Empujó la puerta de la valla y entró en el jardín.

Avanzaba cautelosamente. De pronto, oyó cerca el ladrido amenazador de un perro y tuvo que

huir. En su carrera, encontró una puerta abierta y cruzó el umbral. Un auto. Se ocultó tras él. Y, de pronto, alguien enfocó una linterna hacia sus ojos.

Era un hombre joven, cuya cabeza, en unión de la linterna, estaba antes hundida en el descubierto motor del auto.

IV

Por un momento, los dos estuvieron mirándose, sin decirse nada.

Ella estaba sobrecogida. Él, asombrado.

Era un joven alto y fuerte, muy viril y, al mismo tiempo—apreciación de Helga—, muy simpático.

—¡Una mujer!—exclamó.

—Sí, señor.

—¿Por dónde ha entrado?

Helga señaló a la puerta.

—Por ahí.

Había con timidez y cobardía. Sus temores se manifestaron en esta súplica:

—Permítame permanecer aquí.

Él tuvo un gesto de extrañeza.

—¿Aquí? No me explico ese interés en quedarse en un garage.

—Es que si salgo el perro me morderá.

El joven se echó a reír.

—Ahora lo comprendo todo. Viene usted huyendo de mi perro. Pero puede usted estar tranquila. No muerde a las mujeres.

—¿No?

—Jamás. Ha aprendido de su amo a respetarlas.

No convenció a Helga este razonamiento y miró con desconfianza a la puerta.

—¿Vamos? —inquirió el joven, dirigiéndose a la puerta.

Y la apremió al ver que ella no contestaba.

—Dése prisa, que está lloviendo.

—¿Adónde hemos de ir?—preguntó entonces Helga.

—A la casa.

—Por mí no se moleste. Estoy bien aquí.

—¿Tiene miedo a las casas?

Interpretó el silencio de Helga como una respuesta afirmativa.

—Entonces, quédese —terminó, disponiéndose a marcharse.

Ladró el perro. Helga se estremeció.

—¡Oiga!

—¿Qué quiere?

—Iré con usted, ya que es tan amable.

—Es lo mejor que puede hacer.

La cogió del brazo y cruzaron el jardín, corriendo.

El perro volvió a ladrar, pero un grito de su dueño bastó para que enmudeciera.

Apenas entraron en la casa, Helga reaccionó. El ambiente estaba caldeado por el fuego de una chimenea. Pero esta misma reacción la trastornó, hasta el punto de que tuvo que buscar un punto de apoyo para no caer.

—¿Qué le pasa?—preguntó el joven, acudiendo prestamente en su auxilio.

—Nada. Un poco de fatiga.

Y se pasó la mano por la pálida frente.

—Está usted empapada. ¡Quítese la ropa en seguida!

Helga le miró aterrada. Él se echó a reír.

—No quiero decir eso. Quiero decir que entre en ese cuarto y se la cambie. Espere. Voy a traerle algo que ponerse.

Se fué y reapareció en seguida con un pijama de los que usaba él.

—Tenga. No tengo otra cosa.

Desplegó Helga las prendas y se quedó contemplando una de ellas, sorprendida.

—¡Pantalones!

—Comprenderá usted que no voy a usar faldas.

La apremió.

—Cámbiese en seguida. Está usted chorreando. Entre, entre ahí y déme las ropas mojadas cuando se las haya quitado.

La empujaba hacia la habitación. Entró Helga. Permaneció un momento vacilante, con el pijama en la mano.

Después empezó a desnudarse con decisión.

Estaba segura de que aquella puerta no había de abrirse. ¡Qué distinto aquel joven de Mondstrum! ¿Por qué? No podría explicarlo. Lo cierto era que estaba segura de que aquel hombre no había

de abrir la puerta, aunque podría hacerlo con mucha más impunidad que Mondstrum, el hombre feroz y odioso, para el que no había sido un freno el hallarse en casa ajena.

Y a tal extremo llegaba su confianza, que no esperó a ponerse el pijama para entreabrir la puerta y

entregar al joven las empapadas ropas.

Las tomó éste y las extendió cerca de la chimenea, para que se secaran.

La puerta había vuelto a cerrarse, pero se abrió en seguida para dar paso a Helga, vestida ya con el pijama, del que le sobraba la mitad.

V

Ella comentó, un tanto avergonzada:

—Parezco un payaso.

—No soy de la misma opinión.

—¿Qué ha de decir usted?

—Verdaderamente, no tiene importancia lo que yo pueda decir. Su cuerpo ha encontrado por fuera los necesarios cuidados. Ahora es preciso someterle a un parecido tratamiento interior.

En un momento estuvo la mesa cubierta por un completo servicio, en el que no faltaba nada de lo que un cuerpo desfallecido puede necesitar.

—Siéntese y coma lo que le apetezca.

Helga se sentó y comenzó a comer.

Él ocupó la silla de enfrente.

—A todo esto — preguntó de pronto — ¿quién es usted?

Pero al ver el mal efecto que su pregunta producía a la muchacha, rectificó:

—Hágase la cuenta de que no he preguntado nada. Pero como de algo hemos de hablar, le diré quien soy yo... Me llamo Rodney. Soy hijo de míster Spencer. Treinta años,

soltero. Un gran muchacho... y no lo digo por alabarme.

Rió Helga. Rieron los dos.

—Además — continuó Rodney — soy un buen chico incapaz de hacer mal a nadie. Usted se convencerá de esto por experiencia.

Siguió explicando.

—¿Que qué hago aquí, en este desierto? Va usted a saberlo en seguida. Soy ingeniero y estoy proyectando un puente, para presentarlo en un concurso que se ha abierto en Detroit. Estoy seguro de que me llevaré el primer premio y me haré rápidamente famoso. ¿Lo duda usted?

—No, señor. Le creo capaz de ganar todos los primeros premios.

Entretanto habían comido *foie-gras* untado en el pan con mantequilla. Rodney se sirvió caviar.

—¿Le gusta?

Helga dirigió al plato una mirada de extrañeza.

—Pero ¿se come eso?

—Ya lo ve usted.

—Pues parecen perdigones.

—No son más que huevos de pescado.

Helga probó el caviar. Debió de gustarle, porque se sirvió en seguida.

De pronto, exclamó Rodney:

—Se me ha olvidado lo principal.

—¿El qué?

—Vino. Es lo mejor para entrar en calor.

Fué por la botella y llenó la copa de Helga, al mismo tiempo que decía:

—Es un vino exquisito.

Bebieron. Antes habían levantado y juntado las copas.

—¿Qué le parece?

Y ella contestó tras una pausa:

—Delicioso. Todo me parece delicioso.

—¿Todo?

Ella se levantó, como si de pronto hubiera visto un peligro al permanecer en aquella casa.

—Las ropas deben de estar ya secas. Me voy.

Pero apenas se puso en pie tuvo que volver a sentarse. Las piernas se negaban a sostenerla.

Él se apresuró a auxiliarla.

—¡Pobre chiquilla! Está usted muy cansada ¿verdad?

Ella sonrió de un modo que equivalía a un asentimiento.

Le oprimió Rodney el brazo cariñosamente.

—No se marche—le propuso—. Quédese aquí esta noche y mañana la llevaré a su casa.

—No, no. Será preferible que me vaya.

—¿Va usted a volver a salir con esta tempestad?

Helga pensó que realmente sería espantoso volver a lanzarse al campo, bajo la lluvia.

Pero pensó también que no podía pasar la noche en aquella casa, a solas con Rodney.

Él debió de leer este pensamiento en sus ojos. Por eso dijo:

—Puede dormir en mi cuarto. Ya lo ha visto usted. Es ese en que se ha cambiado la ropa.

—¿En su cuarto?

—Sí. Yo dormiré aquí. Me improvisaré un lecho con unas sillas.

—No puedo consentir que estando en su casa pase por mí una mala noche.

—Pero la pasará usted si no acepta. A mí no me ha caído encima un diluvio como a usted...

—Es que...

Pero Rodney se estaba ya arreglando en el sofá una cama con algunos cojines.

Helga vaciló aún un momento, pero decidió por fin quedarse. La verdad era que estaba segura de que al lado de aquel hombre no la amenazaba ningún peligro. Bajo aquella aparente fatuidad que le había llevado a considerarse a sí mismo como "un gran muchacho", había una sencillez infantil y un espíritu lleno de delicadeza y cabalerosidad.

—Ya que es usted tan amable—dijo Helga—me quedo.

—Como que otra cosa sería una locura. ¡Vaya, buenas noches!

—Buenas noches.

Pero Helga no se movía de donde estaba. Por sus ojos resbalaron dos lágrimas, que Rodney no dejó de percibir.

—¿Qué significa eso?—inquirió con visible inquietud.

—Nada... Que es usted muy bueno.

Le tendía la mano. Él la estrechó con vehemencia. Se miraron a los ojos.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

IV

A la mañana siguiente, al despertar, oyó Rodney ruido en la cocina.

Entró y vió que Helga estaba cocinando.

—¿Qué hace usted?

—Preparándole el desayuno—repuso ella con naturalidad.

Él protestó alegremente.

—No puedo consentirlo. Se lo voy a preparar yo a usted. Yo soy un gran cocinero.

Se acercó al banco de la cocina. Apartó a Helga y se dispuso a trabajar. Pero lo primero que hizo fué volcar una cacerola de agua hirviendo y quemarse la mano.

No pudo contener un grito de dolor. Helga, asustada, acudió en su auxilio. Examinó la quemadura y le aplicó el remedio que empleaban en su casa en tales casos. Cogió un puñado de sal y la espolvoreó bien sobre la herida.

—¿Le duele?

—No, ahora ya no me duele.

Y ella tradujo: "No me duele después de los cuidados de usted".

—Está visto que las mujeres entendemos más la cocina que los hombres—sonrió ella, dirigiéndose al hornillo.

Terminó de hacer el desayuno y lo tomaron.

Helga se levantó de la mesa.

—Ahora sí que es hora de que me vaya. No queda ya vestigio de la tempestad.

Pero Rodney protestó:

—¿Y por eso se ha de ir? Qué dese aquí hasta la noche. Pase el día conmigo. En estas circunstancias su compañía ha de serme mucho más grata.

Helga no deseaba otra cosa que quedarse. Sin embargo, replicó:

—Es que ya no hay excusa para que me quede.

—No hay excusa, pero puede ha-

ber el deseo, que es mucho más grato.

—Estoy a usted muy agradecida.

—No hablemos de gratitud. Usted es libre de marcharse o quedarse. Yo le ruego que se quede, le digo que me agradaría pasar un día al lado de usted. ¿Usted qué dice?

Helga levantó hacia él la fascinadora mirada de sus magníficos ojos.

—¿Qué quiere usted que diga? Que a mí también me será muy grato quedarme.

Rodney se entusiasmó.

—¡Verá usted cuánto nos divertimos!

Y añadió con infantil alegría:

—¿Sabe usted lo que podemos hacer?

—¿Qué?

—Irnos a pescar. Yo conozco un sitio donde es imposible levantar la caña sin pescado en el anzuelo.

—Entonces podemos incluso hacer negocio.

—En este caso el negocio es lo de menos.

Fueron a pescar. El sitio tan alabado por Rodney era un gran lago de las cercanías. Correteaban por el campo como dos colegiales. A

los dos los invadía una alegría extraña, indefinible.

El paraje era hermoso. Árboles copudos, que se inclinaban hasta besar la superficie. Una vegetación tan apretada que era imposible pasar entre ella sin apartarla con las manos. Bellos calveros. Y abajo y arriba, azul: el azul del lago y el azul del cielo.

Se situaron cada uno en un punto distinto de la orilla. Querían ver cuál de los dos era el más afortunado. El primero que pescara, ése sería el mejor pescador.

No se veían uno a otro, porque la densa vegetación formaba entre ellos una cortina.

Rodney, acaso porque no podía pasar tanto tiempo sin ver a Helga, abandonó su puesto y fué a buscarla.

La encontró sentada en una roca, en una actitud llena de gracia. Sus blancas manos sujetaban la caña y aquellos ojos de color indefinible estaban fijos en el corcho que flotaba sobre la superficie.

—Ahí no podrá pescar nada— aseguró Rodney.

Y, casi al mismo tiempo, ella tiró de la caña y extrajo un pez que coleaba enloquecido.

—¿Qué me dice usted ahora?— preguntó alegremente.

—Que me ha ganado usted.

—Lo guardaremos para su cena.

Él estaba a su lado, contemplándola, viendo aquellos dientes de magnífica blancura, que se mostraban entre los labios por obra y gracia de la alegre risa de Helga.

—¿Para "mi" cena? ¿Y por qué no para "nuestra" cena?

Ella le miró a los ojos y repuso:

—Bueno, para nuestra cena.

Lo que sucedió después ninguno de los dos se lo podía explicar. Helga se sintió enlazada fuertemente por los brazos de Rodney. No

opuso la menor resistencia. Una ola de profunda emoción la había invadido y se entregó a ella con un delicioso abandono de todo su ser.

En cuanto a Rodney, era como si los brazos hubieran actuado por su cuenta. Se le fueron hacia el talle de Helga, arrastrados por una fuerza irrefrenable. Y después de esto fué imposible que los labios no se unieran en un beso que fué como una confesión mutua de amor arrollador y profundo, un amor que estaba dentro de ellos y que los unía ya, esperando sólo el momento oportuno para manifestarse.

Y aquella noche Helga volvió a quedarse en casa de Rodney.

VII

—Pero ¿dónde está el jabón?

Estaba arreglando el maletín de aseo. En él iba depositando las cosas que Helga le entregaba. El jabón no lo encontraba por ninguna parte.

—Pero ¿dónde está el jabón?

Advirtió de pronto que Helga reía y comprendió que lo tenía ella.

—Lo tienes tú, ¿verdad?

Ella se lo mostró. Rodney tendió la mano para cogerlo, pero ella retiró la suya.

—¡Lo que es esta vez no te saldrás con la tuya!

Y se dirigió a la joven con el propósito de tomar por la fuerza lo que ella de buen grado no quería darle. Helga huyó. Se persiguieron. Todo terminó en un triunfo para Rodney y unos besos, lo que, bien mirado, constituía otro triunfo para Helga, ya que era esto sencillamente lo que se proponía.

—No juegues, Helga. Ya debía estar en camino.

La alegría de la joven desapareció instantáneamente. ¿Acaso no era aturdirse lo que Helga pretendía con aquellos juegos? Había sido demasiado directa la alusión a la separación inminente para que el pensamiento de Helga siguiera ausente de aquella terrible y próxima realidad.

—Es verdad: has de marcharte.

Y estas palabras fueron como un gemido.

Él la abrazó amorosamente.

—Helga. Yo no quisiera marcharme. Bien sabe Dios que para mí va a representar un calvario el estar separado de ti, aunque sea por tan breve tiempo. Pero no tengo más remedio que ir a Detroit a entregar los planos. Por otra parte, tres días pasan muy pronto. Anda,

ven a ayudarme a arreglar las maletas.

Consiguió animarla con su tono alegre. Helga fué entregándole las ropas y objetos que previamente habían colocado en la mesa.

De pronto la emoción volvió a cubrir su semblante. Tenía en la mano un retrato suyo, un retrato que el mismo Rodney le había hecho.

—Pero Helga, ¿qué haces?

Ella dejó de contemplar el retrato para preguntar a Rodney:

—¿Te llevas esto?

—¡Claro! Sino ¿cómo podrían conocerte mis padres?

Helga se acercó a él, pensativa y triste.

—¿Tú crees que me querrán tus padres?—inquirió.

—¡Claro que te querrán!

Por los ojos de Helga pasó un relámpago de esperanza, pero en seguida volvieron a nublarse.

—Mi madre nunca se retrató—dijo.

Y añadió con la voz empañada por la angustia:

—Ni se casó, Rodney. Mi tío dice que era una mujer mala, porque no tuvo nunca anillo de casamiento. ¿Verdad que es triste, Rodney?

Ya brillaban las lágrimas en

aquellos hermosos ojos. Rodney, conmovido, la abrazó amorosamente.

—Yo te traeré ese anillo, Helga.

—¡Rodney! ¡Rodney!...

Y no encontró palabras para expresar aquella emoción infinita, aquella profunda gratitud que la dominaba.

Se volvieron a abrazar. Y Rodney tuvo, al fin, que cerrar las maletas conforme estaban. Era preferible dejarse algo que tener que aplazar el viaje.

—¡Adiós, Helga, adiós!

Cogió las maletas.

Ella dijo:

—Yo te llevaré una. ¿Dónde vas tan cargado?

Y le quitó de la mano una maleta.

—Vamos.

Ya se marchaban, pero Helga exclamó volviendo atrás y cogiendo un rollo de papeles que había sobre la mesa:

—¿No te llevas los planos?

—¡Es verdad, los planos! ¡Pues buena la habría hecho!

Corrieron al auto que esperaba a la puerta de la casa. Subió Rodney apresuradamente. Nuevo abra-

zo cuando ya estaba el viajero sentado ante el volante.

—¡Adiós, querida!

—¡Adiós, Rodney!

—Estaré de vuelta antes de lo que tú te imagines.

Embragó y el auto se puso en marcha lentamente.

Notó que el brazo de Helga seguía rodeando su cuello. Era que había subido en el estribo. Advirtió en seguida que el perro, aquel perro que después de ladrar a Helga se había hecho muy amigo de ella, estaba también junto a él, al otro lado.

Decididamente, no era cosa fácil emprender un viaje.

Ya estaban bastante lejos cuando detuvo el auto.

—Helga, es preciso que regreses.

Y esta vez tuvo la joven valor bastante para separarse de su prometido.

—¡Adiós, adiós! ¡Siento que te llevas algo de mí!

Y él imploró:

—Calla, Helga. ¿No ves el esfuerzo que también yo tengo que hacer para marcharme?

Y, de pronto, embragó, oprimió el acelerador y salió carretera adelante, como un rayo.

Junto a la cuneta, quedaron Helga y el hermano perro. Los dos miraban con tristes ojos aquel auto que se alejaba velozmente.

VIII

Al llegar a las cercanías de la casa, algo la sobrecogió y la inmovilizó en medio del camino.

Allí estaba el coche de su tío. Lo reconoció inmediatamente y con la misma rapidez comprendió a qué obedecía la presencia del vehículo en aquel lugar.

Habría ido buscándola, casa por casa, por aquella despoblada extensión. Ahora le correspondería el turno a la casa de Rodney.

En esta pensativa actitud se hallaba, cuando de la casa salieron su tío y Mondstrum. Vió los ojos feroces de aquél fijos en ella, amenazadoramente, y sintió un pánico mortal que fué su salvación, pues la impulsó a saltar sobre el coche y a fustigar desesperadamente al caballo hasta que éste emprendió un galope vertiginoso.

Tuvo tiempo de oír cómo su tío

rugía rabiosamente. El y Mondstrum corrieron en pos del vehículo, pero el perro los detuvo con sus ladridos amenazadores.

Esto acabó de exasperar a Mondstrum, que dió un puntapié al animal. Pero el bravo compañero de Rodney, en vez de amilanarse por ello, se abalanzó sobre Mondstrum, mostrándole los dientes.

Una breve lucha, un tiro y el perro quedó tendido sobre el polvo, después de lanzar un aullido de dolor.

Huía Helga sin rumbo fijo. Díríase que lo único que le interesaba era la velocidad. Y así llegó hasta el apeadero. Como éste le cortaba el paso tuvo que detenerse.

"Estoy perdida", pensó.

Pero el silbido de una locomotora fué para ella como un grito de esperanza. Un tren iba a partir.

Saltó del coche. Corrió. Llegó con el tiempo justo para subir al último vagón del tren, ya en marcha.

Pudo ver desde la plataforma, que en aquel momento entraban en el apeadero sus perseguidores. Pero el tren corría ya velozmente a través del campo, sobre el que comenzaban a caer los negros velos de la noche.

Estaba salvada. Y fué tal la alegría que le produjo el saberse lejos del monstruoso Mondstrum, que ni siquiera pensó en los problemas que inmediatamente iban a presentársele. Uno de los cuales era viajar sin dinero.

Abrió la puertecilla del vagón y entró. Se quedó perpleja. Era aquél un espacioso coche-salón, invadido por los heterogéneos elementos de una compañía de circo.

Cada uno estaba enfrascado en una distracción distinta. A su lado izquierdo había una dama de edad madura y exageradamente maquillada, que jugaba a las cartas con tres compañeros.

Nadie se preocupaba de la recién llegada. Pasaron así algunos minutos.

De pronto se oyó una voz.

—¡Cerrad esa puerta! ¿Quién demonios ha abierto?

Y, con una transición, la misma voz dijo:

—¡Hola!

Helga sintió que de pronto se fijaban en ella una multitud de ojos escudriñadores.

Se sintió tan azorada, que apenas pudo balbucir:

—Voy a bajar.

Pero uno de los que la miraban replicó:

—¡Ahora no puedes bajar, a menos que quisieras suicidarte!

La maquillada jugadora la contempló amablemente.

—¿Por qué has de marcharte, Susán? Quédate; me has traído suerte.

La había llamado Susán como la podría haber llamado Cleopatra. Entre los artistas de circo los nombres tienen escaso valor.

Pero a Helga no le extrañó el nombre. Lo que la asombró fué la amabilidad con que había sido recibida.

—Anda, ven aquí. Siéntate a mi lado.

Y a la vez que decía esto, la dama le señalaba una silla vacía que había a su izquierda.

Como ella vacilara, la jugadora exclamó:

—Con esa timidez no irás a nin-

guna parte, querida. ¡Vaya! Voy a presentarte a toda la compañía, y así no tendrás la sensación de que te hallas entre personas desconocidas.

Y añadió en voz alta:

—¡Señores, os presento a mi amiga Susán!

Helga se sentó al fin.

El tono amable y amistoso empleado por la maquillada jugadora había acabado por inspirarle confianza.

Y cada cual volvió a sus distracciones y charlas, como si nada hubiera ocurrido.

Así las cosas, entró Burlingham, dueño y director del circo.

IX

Burlingham era uno de esos tipos cuyo rostro va pregonando lo que son.

Un hombre de presa, uno de esos hombres para los que no existen escrúpulos y dificultades cuando se proponen llegar a un fin.

Perfil de águila. Sonrisilla irónica, penetrante. Vestido con elegancia, aunque esta elegancia resultaba un tanto ostentosa. Oro y brillantes en las manos. Una perla en la corbata.

Todos le saludaron, algunos servilmente.

Él pasaba con indiferencia entre sus artistas.

Se detuvo al llegar junto a Helga.

La miró sorprendido.

—¿Quién eres tú?

Ella no acertó a contestar. La amable protectora acudió en su ayuda.

—Es Susán...

—¿Susán?

Se interrumpió un momento buscando un apellido eufónico y que armonizara con el "Susán". Lo halló en seguida y dijo:

—Susán Lenox de Lenoxville.

Pero el pensamiento de Helga había vuelto a funcionar normalmente. Por eso preguntó a la dama:

—¿Cuánto cuesta el billete a Detroit?

—Treinta dólares.

—¡Treinta dólares! — repitió Helga desolada.

Había pensado que la mejor solución para aquel problema era poder llegar a Detroit para reunirse con Rodney. Pero tendría que conformarse con escribirle y esperar en la estación donde la obligaran a bajar, acaso entregándola a la policía por haber pretendido viajar sin billete.

La jugadora, advirtiendo su actitud pensativa, dijo:

—Comprendo tu preocupación, hijita. Yo también me escapé de casa.

Y, volviéndose al director, con el que por lo visto tenía gran confianza, le propuso:

—¿Por qué no le das trabajo en la compañía?

El director le dió un golpecito en el hombro.

—A ver. Levántate.

Obedeció Helga. El director retrocedió para poder abarcar el con-

junto de sus encantos. Fué un examen satisfactorio, porque dijo:

—No está mal. Encárgate de buscarle ropa. Le daremos algún trabajito.

Volvió al departamento de donde había salido.

Era también un coche salón, pero montado con toda clase de comodidades. Una parte de él estaba destinado a dormitorio. El resto era despacho y salón.

En su semblante se traslucía ese gesto de satisfacción del que acaba de realizar un feliz descubrimiento. Y en su pensamiento daban vueltas el bello nombre y el hermoso cuerpo de Susán Lenox.

Helga había decidido quedarse con la compañía hasta que Rodney pudiera ir por ella. Así no le reclamarían el importe del billete. Escribiría a su prometido y todo sería cuestión de esperar un par de días.

Verdaderamente, no podía tener queja de su suerte esta vez. Grave se le había presentado el problema, pero estaba feliz y completamente solucionado.

Al día siguiente se detuvieron en un pueblecillo.

Helga se enteró de que únicamen-

te permanecerían allí hasta la noche, partiendo entonces hacia Marquette, población donde se detendrían por más tiempo.

Y escribió una breve carta a Rod-

ney, diciéndole que debía ir a buscarla a dicha ciudad.

Con esto quedó tan tranquila, que incluso pudo dormir todo el resto de la noche.

X

—¿De dónde vienes, Susán?

—Del correo.

—¿Una carta para él?

—Sí.

El director y Susán estaban en el departamento de las artistas. Aquél había ido allí a buscarla. Helga acababa de entrar.

Las preguntas las había hecho el director. Las francas respuestas eran de Helga.

Habían hablado antes. Ella había sido sincera. Le había dicho que no permanecería en el circo más que el tiempo que Rodney tardara en llegar. No le había dado más explicaciones, pero para el astuto Burlingham eran suficientes. Todo lo demás lo dedujo. Sospechó que el tal Rodney y Helga se amaban de

verdad y que algo se oponía a aquellos amores. De otro modo ¿qué explicación podía tener la huída de la joven?

—Se ve que estás enamorada de él—comentó el director, sonriendo.

—Enamorada es poco. Somos el uno para el otro, dos mitades de una misma cosa. Yo no podría vivir sin él y él no podría vivir sin mí.

—¿Estás segura de que él no podría vivir sin ti?

—Completamente segura.

—¿Qué le decías en la carta?

—Que le espero en Marquette, donde estaremos hasta el sábado. ¿Verdad que estaremos hasta el sábado?

—Verdad. Pero ¿crees que él acudirá?

Helga sonrió.

—Estoy tan segura de su cariño como si tuviera su corazón en mi mano.

—Creo que eres demasiado ingenua.

—¿Por qué duda usted de su amor? ¿Acaso lo conoce?

—No creo que sea peor ni mejor que la mayoría de los hombres.

—Para mí es el mejor.

Había dicho esto sonriendo, pero en seguida desapareció la sonrisa de sus labios. A través del hueco en la lona que servía de entrada había visto algo que la impresionó vivamente.

El director miró también hacia fuera y descubrió dos recias figuras de hombres que preguntaban algo a los artistas de la compañía.

No le fué difícil deducir que la causa de la inquietud de Susán era la aparición de aquellos dos hombres, y salió de la especie de tienda mientras Helga se ocultaba entre los equipajes.

—¿Qué desean estos señores?—preguntó al artista con el que estaban hablando.

—Buscan a una muchacha.

—¿A una muchacha?—exclamó el director fingiendo sorpresa—. ¿Y quiénes son ustedes?

Entonces supo que se llamaban uno Ohlín y el otro Job Mondstrum.

Aquél dió al director toda clase de explicaciones. La muchacha era la prometida de su acompañante. El era su tío. Había huído de casa y la habían visto tomar el mismo tren en que viajaba la compañía. Por eso habían ido a molestarles. No tenía nada de particular que siendo compañeros de viaje la hubieran visto.

—Pero ¿cómo se llama esa muchacha?

—Helga.

—¿Helga? Puedo asegurarles que en mi compañía no hay ninguna mujer que se llame así, ni tenemos la menor noticia de ella.

—Acaso les haya dado otro nombre.

—Caballeros, no hemos visto a ninguna muchacha durante el viaje. De modo que no podemos darles el menor dato que les sirva de pista. Lo siento mucho.

Les tendió la mano, con lo que quería indicarles que allí estaban de más, y volvió al departamento de las artistas, donde Helga continuaba oculta y trémula de inquietud.

Al ver al director, salió de detrás de los equipajes. Quería disimular.

Ni a él le diría que conocía a aquellos dos hombres.

Burlingham sonreía.

—¿Conoce usted a un tal Job Mondstrum?

—No.

—Entonces no hay ningún inconveniente en que pasen. Van buscando a una muchacha. Quiero que se convenzan de que aquí no está lo que buscan.

—¡No!

Y este "no" fué muy distinto al otro. Fué una súplica desesperada, un grito de horror, una declaración indudable de que era ella la muchacha que Mondstrum y su acompañante buscaban.

Burlingham comprendió que aquello le colocaba en una situación ventajosa con respecto a determinados planes que había concebido.

—No te preocupes, Susán. Les dije que no estabas.

—¿Lo han creído? — preguntó Helga ansiosamente.

—No. Te siguen buscando y, según me han dicho, la policía registrará todos los trenes que salgan.

—¡Dios mío!

—Pero aquí estoy yo para que ese par de fieras no se salgan con la suya. Ya te he dicho que no tienes nada que temer.

—¿Qué puedo hacer para salir sin que me vean?

—Muy sencillo: ocultarte en mi coche salón. Nadie puede entrar en él sin mi permiso y excuso decirte que yo no lo he de dar.

—¿Cree usted que no lo registrarán?

—Seguro que no. Y como en ninguna parte puedes estar más segura que allí, escóndete ahora mismo y no salgas ya hasta que el tren esté lejos de aquí.

Era tal el deseo que Helga tenía de ponerse a salvo, que siguió los consejos del director sin vacilar.

Se deslizó en el coche salón y no salió de allí en todo el día. Por la noche, cuando el convoy iba a partir, entró Burlingham.

—¿Puedo salir ya? — preguntó Helga.

—Ahora menos que nunca. Va a partir el tren. La policía andará registrándolo todo.

En efecto, apenas había terminado de formular esta advertencia, sonaron unos golpecitos en la puerta.

Burlingham dijo por señas a Susán que se ocultara, cosa que hizo ésta a toda prisa.

El director abrió.

Preguntó un agente:

—¿No ha visto usted a una mu-

chacha que se llama Helga, señor director?

—No he visto a ninguna muchacha, señores, pero si ustedes quieren echar un vistazo...

—No es necesario. Muchas gracias.

—Como ustedes gusten.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, Helga respiró.

Partió el tren. Salió de su escondrijo y exclamó:

—¡Libre! ¡Oh, señor Burlingham! ¡Cuánto le agradezco lo que ha hecho por mí!

Él sonrió.

—No tienes nada que agradecerme. Mereces eso y mucho más.

—Gracias. Ha sido usted muy bueno conmigo.

Se había dirigido a la puerta que conducía al departamento de la compañía y la encontró cerrada.

Se volvió. Dirigió a Burlingham una mirada interrogadora y al verle sonreír lo comprendió todo.

Entonces sintió el mismo horror que aquella noche de tormenta, cuando Mondstrum se arrojó sobre ella ávidamente.

Pensó gritar, pero comprendió en seguida que sería inútil, pues el ruido del tren se imponía a todos los demás.

Entonces se limitó a esperar, encogida en un rincón, trémula de angustia, el ataque de su generoso amigo.

No tardó éste en producirse. Las manos de Burlingham se clavaron en su carne trémulas de deseo. Ella se defendió mientras quedó en su cuerpo un átomo de energía. Pero por fin las fuerzas le faltaron, y, entonces, tuvo que soportar el horror y el asco de aquella entrega.

XI

Marquette. La gente se aglomeraba en torno del circo y alrededor de la pista.

Había entre los artistas una agitación intensa. Iban y venían, se llamaban a voces.

Sólo una permanecía profundamente triste, abatida y silenciosa. Era Helga, Susán Lenox, eufónico nombre que había sido substituído momentáneamente por el de Fátima, el cual figuraba con grandes letras en los carteles.

Helga no podía apartar de su pensamiento, ni siquiera por un segundo, el recuerdo de lo ocurrido en el coche salón de Burlingham.

Ni siquiera odiaba a este hombre bárbaro y cruel que le había robado en un instante toda la pureza de su alma.

No le odiaba, porque el odio es un vivo estado de ánimo que su abatido espíritu no era capaz de experimentar. La exasperación requiere

unas energías que en ella estaban agotadas.

Por eso cuando él le hablaba se limitaba a bajar la cabeza. A lo sumo, podía hacer un gesto de fastidio, desmayado, equivalente al ruego de que la dejara en paz.

La esperanza de que Rodney llegara cuanto antes y la sacara de aquella atmósfera que para ella estaba saturada del veneno del pecado, la mantenía. ¡Tenía una fe tan ciega en su amado Rodney! Segura estaba de que él la había de comprender y perdonar.

Salió en formación con otros artistas, al compás de una charanga, y se colocaron sobre una plataforma, en medio de la pista, en indolentes actitudes que Burlingham calificaba de artísticas y les había enseñado.

El locutor exclamó con énfasis:

—He aquí al *gran* Crum, el hombre más pequeño del mundo.

S U S A N L E N O X

Crum se levantó. Era un hombrecillo que rebasaba en muy poco la estatura de un liliputiense.

El locutor repitió el chiste de siempre.

—A los diez y ocho años medía metro y medio. Luego se casó y se encogió.

El público soltó la carcajada, aquella carcajada que no fallaba nunca.

Se retiró el enano y el locutor vociferó:

—Ahora, señores, van a ver ustedes algo maravilloso: ¡Madame Panoramia!

Se levantó la aludida. Era una robusta dama, cubierta por tatuajes desde la garganta hasta los tobillos.

—Nada tan interesante, señores, como un viaje por su anatomía. Se hace uno la ilusión de que da la vuelta al mundo. Entremos por la pierna izquierda y nos encontraremos en seguida en la Torre Eiffel.

En efecto, la forma de la Torre Eiffel se apreciaba en aquella pierna gracias a los colorines del tatuaje.

—¡Y si pasamos a la otra pierna—gritó el locutor—nos encontraremos en la famosa Torre de Pisa!

El sencillo público seguía embozado las indicaciones del locutor.

—¡Pero eso no es nada! ¡Atención, señores, que madame Panoramia va a mostrarnos el paisaje posterior! ¡A ver, madame Panoramia! ¿Una vueltecita?

Se volvió la dama y del público se alzó un rumor unánime, no se sabía si por el tatuaje que ahora mostraba o por lo que servía de base al mismo.

El locutor señaló la espalda de madame Panoramia.

—He aquí la estatua de la Libertad, señores. Estamos en el puerto de Nueva York.

Y bajando un poco el dedo y señalando a las prominencias naturales de la señora, lanzó el segundo chiste de la noche.

—Y al lado de la estatua, señores, vemos el globo terráqueo.

Nueva carcajada general, que se repitió cuando uno de los espectadores de primera fila exclamó bastante groseramente, por cierto:

—¡Ahí está Chicago!

Una vez se hubieron retirado madame Panoramia y el enano, quedaron en la plataforma algunas mujeres jóvenes—la mayoría de ellas sólo en apariencia—, entre las que figuraba Susán Lenox.

—¡En esta plataforma, respetable y distinguido público, se han

reunido las bellezas de todas las naciones del universo! ¡Miradlas! Comenzaremos por la princesa Hula Dula Vika Mulla, de Waikiki.

La pretendida princesa evolucionó por la plataforma, arrancando rumores aprobatorios al público.

Siguió a ésta "miss Canges", de la India, una real hembra que los espectadores acogieron con aplausos.

Y, finalmente, el locutor gritó como si quisiera desgañitarse:

—Ahora, señores, vamos a conocer la belleza más sensacional de todos los tiempos y lugares. ¡Fátima, la favorita del sultán de Turquía!

Helga se puso en pie y en seguida prorrumpió el público en entu-

siastas aplausos. Iba semidesnuda —el vestido no lo había escogido ella, sino que se lo había impuesto el director— y su magnífica figura cobraba así esplendidez deslumbradora.

—Se escapó del harem. De modo que lo que el sultán ha perdido lo han ganado ustedes. Sus bailes dinámicos electrizan al espectador más impasible. Sus ojos misteriosos han costado muchas vidas. Fátima va a vestirse para su baile sensacional. Entretanto, otra danzarina nos recreará con su arte y su belleza.

Se retiró Helga entre las aclamaciones del público y la joven indicada por el locutor comenzó a bailar.

XII

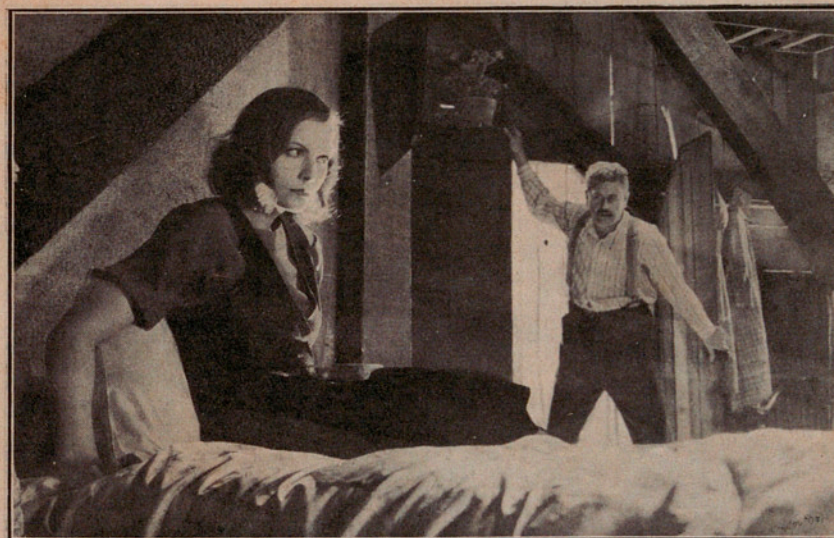
Entretanto, algo en extremo importante había ocurrido en el camerino de las artistas.

No había hecho madame Panora-

mia más que entrar de regreso de su actuación, cuando traspuso el umbral un joven alto, simpático, elegante, que preguntó por Helga.



—¡Helga! ¡Ven aquí!



Abrió la puerta del cuarto de Helga y entró.



—¡Una mujer!



—Es un vino exquisito.



—Entre, entre ahí y déme las ropas mojadas cuando se las haya quitado.



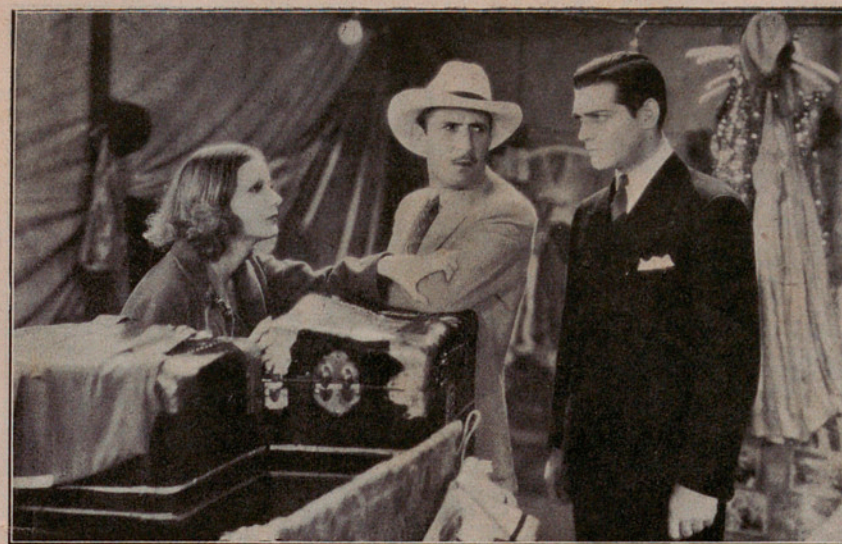
—¿Tú crees que me querrán tus padres?



—¡Adiós, Helga, adiós!



Abrió la puertecilla del vagón y entró.



—Esperaba estas escenas ridículas.



—Ya lo sabes, Susan: te espero en mi tienda.



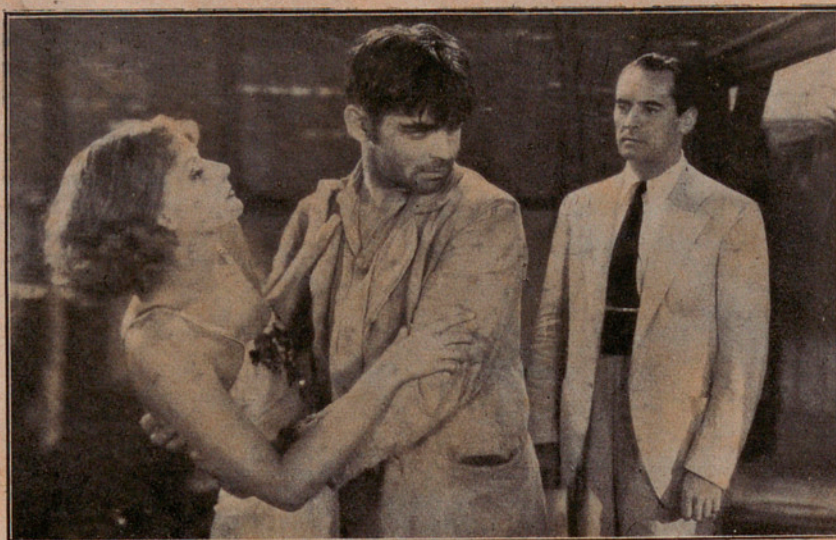
Charlaron.



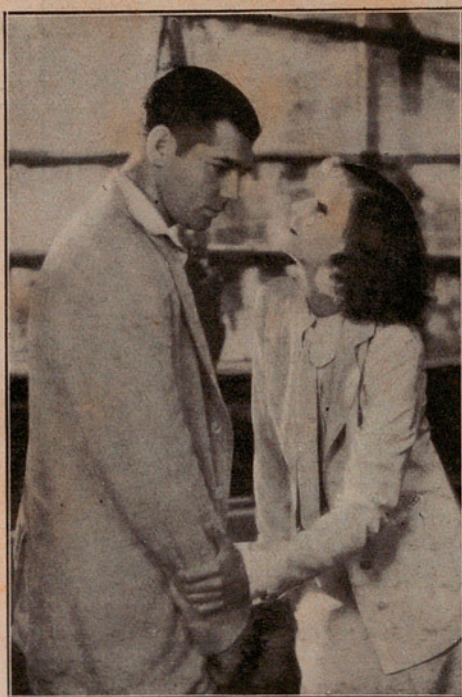
... no dieron la menor muestra
de que el pasado los ligaba.



... y se imaginaba estar entre los brazos de Rodney...



Rodney se volvió sorprendido.



—Quiero la vida a tu lado, sea como sea.

La dama le miró con extrañeza.

—En mi vida he oído semejante nombre.

—Creo que la llaman Susán. Así me lo decía en su carta.

—¡Ah, sí! ¡La encantadora Susán Lenox! ¿Es usted el joven que ha de venir a buscarla?

—Sí. Soy Rodney Spencer, su prometido.

—Tanto gusto. Yo soy madame Panoramia.

—A los pies de usted, señora.

—Susán se alegrará mucho de verle. No cesa de nombrarle.

—Yo también ardo en deseos de verla. ¿Dónde está?

—Espérela aquí. Ahora mismo vendrá a cambiarse de ropa.

Madame Panoramia se fué y Rodney se quedó esperando.

El corazón le latía violentamente. Apenas recibió la carta de Helga, sólo vivió para esperar el momento de partir en su busca.

No conocía, sino muy superficialmente, los motivos que impulsaron a Helga a huir y buscar la protección de una compañía de circo, con la que casualmente se encontró en el tren.

“¡Pobrecilla! —pensaba—. Algo muy grave debió ocurrirle para tomar semejante determinación”.

Al entrar y encontrarse con Rodney, fué tal la emoción y la sorpresa de Helga, que se quedó inmóvil, junto al umbral y mirando a su prometido con ojos desorbitados.

—¡Rodney!

Él tampoco pudo hacer otra cosa que pronunciar su nombre y abrirle los brazos.

—¡Helga!

Y corrieron el uno hacia el otro.

Se abrazaron, se apretujaron, besándose insaciablemente.

Helga lloraba ahora de alegría.

—¡Oh, Rodney! ¡Cuánto me alegro de que hayas venido!

—Y yo, ¡cuántos deseos tenía de encontrarte!

—Me parece como si hubiéramos estado separados dos años enteros.

—A mí me ha parecido un siglo cada instante.

—¡Helga, Helga de mi corazón! ¿Quién podrá separarnos ahora?

—Nada ni nadie. Habría de hundirse el mundo y juntos iríamos a parar a las entrañas de la tierra.

Estuvieron largo rato cambiando frases de esta índole, absortos en su amor, confundidas sus almas.

De pronto, Helga, como si saliera de un sueño, dijo:

—He de arreglar mis cosas para que nos vayamos en seguida. Es-

pera un momento. Voy a cambiarme de ropa.

Como si hasta aquel momento no hubiera reparado en el vestido que llevaba Helga, Rodney preguntó:

—¿Por qué te has vestido así, Helga?

La sonrisa desapareció de los labios de la joven. Fué como si de pronto la triste realidad de todo lo ocurrido desde que se separara de Rodney hubiera acudido a su pensamiento.

—He tenido que actuar estos días —repuso vagamente—. Ya te explicaré.

Y hubo un silencio angustioso.

Un extraño malestar se había apoderado de ambos al mismo tiempo.

Helga comenzó a desnudarse lentamente, cuando entró Burlingham en el departamento.

Helga, con un movimiento rápido e instintivo, se echó un abrigo encima para cubrirse.

En cambio, el director no dió importancia al hecho de que Helga estuviera casi desnuda, ni a la presencia de Rodney.

—Dentro de cinco minutos—dijo con tono autoritario—te espero en mi tienda para cenar.

La actitud natural de aquel hombre ante la semidesnudez de Helga y el tono imperativo que había empleado, representaron para Rodney una revelación tan espantosa, que se negó a darle crédito.

Sobrecogido, inmovilizado por el estupor, miró primero a Burlingham y después a Helga.

En los ojos de aquél descubrió una expresión de burla; en los de Helga, el terror y el tormento.

—¿Quién es ese hombre?—pudo al fin preguntar—. ¿Por qué te habla así? ¿Qué derecho tiene a entrar en tu cuarto?

Helga no contestó. Se retorció las manos con un gesto de angustia.

—¡Helga! ¿Por qué no contestas? ¿Por qué no echas de aquí a este hombre? ¿Por qué toleras la afrenta de su actitud?

Helga seguía sin contestar. En cambio, Burlingham, con una sonrisa burlona, dijo:

—Esperaba estas escenas ridículas.

Rodney dió un paso hacia el director, en actitud de ataque. Tenía los puños cerrados y un fuego de odio y desesperación ardía en sus ojos.

Pero Helga se interpuso. Dirigió a Rodney una mirada de súplica y con la misma expresión miró a Burlingham.

Entonces éste se marchó después de repetir:

—Ya lo sabes, Susán: te espero en mi tienda.

XIII

Quedaron solos; ella con la cabeza baja; él buscando en aquellos ojos la cruel verdad que sospechaba.

—Dime, Helga. ¿Qué derecho tiene ese hombre sobre ti?

Hubo una pausa. Ella no quería mentir. ¿Pero cómo decir la verdad?

—¡Habla, habla! —demandó él con impaciencia—. ¿No comprendes que ese silencio te acusa?

Y entonces contestó Helga:

—Yo no tuve la culpa. Me fué imposible evitarlo.

Aquellas palabras equivalían a una confesión. Así lo comprendió Rodney que, horrorizado, enloquecido, dió un paso atrás.

Ela sintió aquellos ojos clavados en su rostro como si quisieran ful-

minarla. Pero su dolor ante lo irreparable de lo ocurrido era tan inmenso, que ni aunque Rodney la hubiera golpeado bárbaramente hubiera podido sufrir más de lo que estaba sufriendo.

No esperaba haber encontrado en Rodney una actitud tan inflexible y ciega. Esto la llenaba de una desolación infinita y de un desaliento tan grande, que apenas tenía fuerzas para hablar.

Alzó los ojos y murmuró en tono de imploración:

—Mondstrum me perseguía. Tuve que...

—No intentes convencerme de tu inocencia. Hay actos que nada los puede justificar. ¡Y creí que me querías!

—¡Oh, Rodney! Te adoro con toda mi alma.

—¡Calla! No aumentes tu pecado con la mentira. Representaste una farsa infame cuando me fuí. Me marché con el corazón destrozado y a las pocas horas abandonaste la casa.

—Te juro, Rodney, que Monds-trum me perseguía.

Sonrió el joven con sarcasmo.

—Y por eso te marchaste con ese otro.

—¡Oh, Rodney! Si me escuchas, estoy segura de que me comprenderías. Te amo como no he amado a nadie en la vida. Sométeme a las pruebas que quieras y te convencerás de que no miento. Perder tu amor ha de ser para mí como perder la vida.

—¡Que te pruebe! No he necesitado probarte para que hayas cometido la más baja y deshonrosa de las pasiones. ¡Razón ha tenido ese hombre para llamarme ridículo!

Conforme hablaba, iba aumentando su exasperación. Era como si en su alma hubiera prendido la llama de la locura y el incendio fuera tomando incremento. No podía caber piedad en aquella tempestad de odio y desesperación.

—¡Y he llevado mi candidez has-

ta querer casarme contigo!—exclamó con una feroz sonrisa—. Tiene gracia, ¿verdad? ¡Casarme!... ¡Casarme, cuando a las mujeres como tú se las paga y asunto concluido.

Ella se estremeció como si el feroz latigazo la hubiera herido en pleno rostro.

Por un momento, su alma manchada, pero sin culpa, se agitó en un movimiento de protesta. Pero amaba tanto a aquel hombre, que encontró la paciencia necesaria para asimilar la tremenda ofensa.

Cogió el brazo de él con ademán implorativo y suplicó:

—¡Por Dios, Rodney, no me tortures!

Pero él se desprendió de Helga con un gesto despreciativo.

—¡Hasta te compré el anillo!... Dijiste que era lo que más querías en el mundo, ¿verdad? Pues bien, ahí lo tienes.

Se lo arrojó con un ademán lleno de desprecio y salió del cuarto.

Ella contuvo un sollozo y salió tras él.

Le alcanzó y, con el destrozado corazón en los labios, con toda la angustia de su alma en los ojos, imploró una vez más:

—Por Dios, Rodney, ¿qué va a ser de mí?

Él se detuvo para lanzarle al rostro esta nueva ofensa:

—¿Que qué será de ti? Voy a decírtelo. Irás de hombre en hombre hasta acabar en el arroyo.

Y acompañó estas palabras con una sonrisa cruel.

Helga se irguió. No podía más. Muy grande era su amor hacia Rodney, pero tanto escarnio, tanta crueldad, había acabado por rebasar el límite de su indulgencia.

Dirigió a Rodney una mirada llena de fiereza.

—¿De modo que según tú acabaré en el arroyo? Pues bien, así será... pero iré en coche. Odié a los

hombres hasta que te conocí. Ahora todo va a cambiar.

Le volvió la espalda y desapareció por la puertecilla abierta en la lona.

Rodney se volvió para marcharse y se encontró con la mirada repugnante y burlona del director.

—¿Te has convencido de que aquí no sirven para nada las escenas ridículas?

Por toda respuesta, Rodney lanzó el puño contra la barbilla de Burlingham y lo derribó.

Entonces pudo emprender aquel camino que había de separarla para siempre de Helga.

XIV

Inmediatamente aquellas vidas tomaron dos rumbos distintos.

Helga tomó aquel mismo día el tren que la condujo a la ciudad, y lo primero que hizo fué procurarse ropas que, más que cubrirla, la adornaran y embellecieran. Después se dirigió a uno de esos lugares

donde los hombres buscan el olvido de las preocupaciones cotidianas. Bebidas, juego, baile.

Inmediatamente encontró varios adoradores y desde aquel momento el nombre de Susán Lenox fué famoso en aquel ambiente. Nadie sabía que su verdadero nombre era

Helga. Nadie lo sabría jamás. Helga, la humilde mártir, se había retirado para dejar el paso libre a Susán Lenox, la mujer que, de dominada, quería convertirse en dominadora.

No le fué difícil el triunfo, triunfo espléndido, pero en el fondo lamentable, que comenzó aquella misma noche.

En los más suntuosos lugares de diversión el nombre de Susán se pronunciaba admirativamente. Los hombres más distinguidos, magna-

tes de la política o de los negocios, se enorgullecían de estrechar su mano. Probó todas las bebidas y saboreó todos los manjares. Presenciaba impasible el derroche de los repletos bolsillos que se vaciaban ante ella. Y, finalmente, fué la amante de un influyente político, Michael Kelly, que la instaló en un palacio y rodeó su vida de todos los lujos y de todos los refinamientos.

Una princesa no viviría más espléndidamente que Susán Lenox.

* * *

La suerte de Rodney había sido muy distinta.

Encargado por una gran empresa de construir un puente, comenzó a trabajar con afán, creyendo que en el trabajo encontraría el olvido.

Pero pronto se convenció de que olvidar era imposible para él. Aquel primer amor, aquel único amor de su vida, se había incrustado en su alma de modo que nada podría arrancarlo de allí.

Encontró otro modo de olvidar,

aunque sólo momentáneamente: el alcohol.

Se dedicó a beber afanosamente y así contrarrestaba aquel dolor, aquella nostalgia que amenazaba consumirle.

Pronto este régimen de vida comenzó a repercutir sensiblemente en el trabajo. Llegaba tarde a su despacho y a veces no iba. Además era frecuente que su embriaguez le impidiera hacer nada a derechas.

Las obras se desenvolvían con tor-

peza y lentitud y esto lo veía el director de la empresa, el cual no le ocultaba su disgusto.

Un día se hundió un trozo del puente. Cuando Rodney recibió la noticia estaba borracho.

—Ya le dije que había que forzarlo a toda prisa, jefe—declaró el ayudante al comunicarle lo ocurrido.

Pero Rodney se encogió de hombros.

—Por mí puede hundirse el mundo—contestó.

Y volvió a dejarse caer pesadamente sobre el pupitre.

Así permaneció hasta que entró el director de la empresa.

Se acercó a él.

—¿Se ha enterado?

Rodney levantó la cabeza.

—¿De qué?

—Del hundimiento.

—¡Ah, sí! Acaban de darme la noticia.

—Por lo visto no le ha impresionado lo más mínimo. Habla usted como si en vez de un puente se hubiera roto un plato.

Rodney tuvo un gesto de fastidio. ¡Sólo le faltaba que le fueran con sermones!

—Se puede beber o trabajar—dijo el director secamente—, pero no hacer las dos cosas al mismo tiempo.

Rodney le miró estúpidamente. Le parecía como si aquel hombre le hablara en griego.

—Esto ha terminado—dijo finalmente el director—. Está usted despedido.

Rodney se encogió de hombros y salió a la calle en busca de un bar.

XV

Una fiesta suntuosa en casa de Susán Lenox.

Michael Kelly, su amante, no apartaba la vista de ella. Se sentía orgulloso viéndola ir y venir entre los invitados, espléndida de be-

lleza y de majestad, derrochando el obsequio de sus palabras y de sus sonrisas y siendo el vértice de todas las miradas.

—¿Vendrá Freedman esta noche? — inquirió, cuando pudo hablar con su amante.

—Acaba de telefonar anunciando su llegada.

—¿Solo?

—Acompañado, como siempre.

—Es el hombre de las sorpresas. Siempre nos trae algún nuevo amigo, que lo mismo es una personalidad que un tipo pintoresco. ¿Quién es el acompañante de esta noche?

—Me ha dicho el nombre, pero no recuerdo.

Freedman estaba ya con el amigo que había de acompañarle a casa de Susán Lenox.

El acompañante había preguntado una vez más:

—¿Se puede saber dónde me lleva usted con este traje de etiqueta que se ha empeñado en proporcionarme?

—Usted, amigo Rodney, es hijo de míster Spencer. Casi todo lo que soy se lo debo a su padre. La idea de pagar esta deuda no se ha apartado nunca de mí. Ahora se me presenta la ocasión y voy a hacerlo.

No permitiré que el hijo del hombre a quien tanto debo siga hundiéndose. La influencia de Michael Kelly puede rehacer su vida.

—¿Y si yo no tuviera el menor interés en rehacerla?

—Eso no es cuenta mía. Yo lucharé por salvarle. Es un deber de conciencia.

—Entonces ¿va usted a llevarme a casa de ese concejal?

—No, a casa de la señora Lenox. Es el camino más seguro para llegar a Michael Kelly.

El nombre de la dama había impresionado a Rodney profundamente.

—Eso quiere decir — indagó — que hay un señor Lenox mezclado en todo eso.

Freedman sonrió significativamente.

—Probablemente, el esposo de esa señora no ha existido nunca. Pero a nosotros nos basta con que sea amante de Michael Kelly.

Se dirigieron a casa de la dama, Freedman con su buen humor habitual y Rodney presa de la preocupación que acababa de apoderarse de él.

Al presentarlo Freedman, el hijo de Spencer fué muy bien acogido

por Kelly, lo que produjo en aquél la satisfacción natural.

“Desde este momento — musitó Freedman cuando sólo Rodney podía oírle — su porvenir está asegurado”.

Pero el protegido no le escuchaba. Toda su atención estaba en la dama que, acompañada de Michael Kelly, se dirigía a ellos. Lo primero que hacía el concejal cuando un nuevo amigo entraba en la casa era presentarle a Susán, como quien se enorgullece mostrando un objeto raro y precioso.

Sonreía Susán con elegante indiferencia cuando estrechó la mano fría de Rodney. Pero ¿era sincera aquella sonrisa? ¿Correspondía su estado de ánimo a aquella indiferencia que ostentaba su semblante? ¿Era posible que al ver inopinadamente a Rodney no se sintiera, como él, perturbada por honda emoción?

Nadie habría podido contestar a estas preguntas. Cuando la mujer se propone hacer de su alma un misterio, los psicólogos más formidables encuentran en la envoltura material una impenetrable barrera.

También Rodney, con un resto de aquella energía que había sido una de sus principales cualidades, con-

siguió ocultar su emoción bajo la máscara de la galantería.

Charlaron. Cambiaron exquisitas agudezas. Y tanto cuando alguien les escuchaba como cuando estaban solos ante la mesa de los aperitivos, no dieron la menor muestra de que el pasado los ligaba.

La cena. Correspondió a Rodney sentarse al lado de Susán Lenox. Preguntó ésta al invitado:

—¿Le gusta el caviar? A mí me entusiasma. ¿Quiere que le sirva un poco?

—Es uno de mis platos predilectos.

—Celebro que seamos del mismo gusto.

Y añadió con un tonillo de ironía, que sólo Rodney podía comprender:

—Parecen perdigones, pero no lo son. Son huevos de pescado.

Comprendió Rodney que muy pronto habría de defenderse de nuevos ataques. Y comprendió al mismo tiempo que la indiferencia de Susán era tan sólo aparente. No supo si esto le contrarió o le agradó. Acaso experimentara los dos sentimientos a un tiempo mismo.

En efecto, pronto encontró la dama ocasión de decir:

—Algunos hombres confunden el carácter con la crueldad.

Y al hablar así, dirigía a Rodney una sonrisa que era como un dardo.

—¿De verdad cree usted que somos así los hombres? — preguntó él.

—De que algunos son así estoy segura. Conozco el caso de una mujer que ha sufrido las consecuencias de ello.

—Cuéntelo usted. Debe de ser muy interesante—dijo un caballero que estaba sentado frente de Susán.

—No tiene importancia para contarle, porque ni siquiera es historia. Un hecho simplemente. Aquel hombre no sabía perdonar; no conocía la tolerancia. Ella sufrió por él lo indecible. La desgracia se cebó en ella. Pero ella confiaba en que cuando volviera él, sabría procurar-le el consuelo que por sí misma no podía proporcionarse. Pero volvió, y, en vez de la comprensión y el consuelo que ella esperaba encontrar, halló el odio, la intransigencia. La ofendió despiadadamente. Llegó a decirle: "Tu fin ha de ser el arroyo". Menos mal que se equivocó y en vez del arroyo encontró un palacio.

Le había sido difícil disimular

la profunda emoción que la dominaba.

—Por lo visto—dijo Michael—querías mucho a esa amiga. Te has afectado al recordar el hecho.

—Sí, la quería mucho—repuso Susán, sin preocuparse de averiguar la intención de aquellas palabras.

Rodney se esforzaba por aparecer sereno.

Las miradas de todos se clavaron en él.

—Veamos cómo defiende al sexo masculino—dijo una voz.

Y Rodney comenzó a decir:

—Se trata también de un hombre intolerante. Pero era intolerante porque amaba a una mujer. La amaba tanto, que sintió, cuando ella le comunicó su desgracia, como si le hubieran arrancado un trozo de corazón.

La vehemencia y el calor con que Rodney hablaba hacían sumamente interesante su relato. Todos le escuchaban atentamente.

—Pero aquel hombre—añadió—pagó cara su intolerancia.

—¿Acaso no le permitió volver su orgullo?—inquirió Susán.

—Cuando la oleada de cólera que le cegaba pasó, volvió. Pero era ya demasiado tarde. Ella se había marchado.

—¿Volvio?—preguntó Susán con un ligero estremecimiento.

—Sí, volvió — repuso Rodney, amargamente—. El muy imbécil volvió y ella se había marchado ya.

La idea de que había obrado precipitadamente atormentó de pronto a Susán. Si hubiera esperado, ahora sería feliz, porque él era evidente que volvía con ánimo de perdonarla y de pedir perdón por sus ofensas. Ahora estaría al lado del hombre amado y no de quien en el fondo le era odioso, como son todos los besos sin amor.

—Supongo que volvería a verla —insinuó Susán con disimulada esperanza.

—Sí, la volvió a ver, pero hubiera sido mejor que no la viera. Había ascendido. Todo lo dulce y amable que hubo en ella no existía ya, se había ahogado en el ambiente lamentablemente espléndido en que vivía.

Ella recobró su actitud de aparente indiferencia.

—Hizo bien. Las mujeres no perdonan nunca que se las mande al arroyo.

—Según qué clase de mujeres.

Rodney se había ido exaltando. Todos comprendieron que aquella historia les afectaba a los dos.

Michael intervino con cierta sequedad:

—Basta. Hablemos de otra cosa.

Pero Rodney no podía ya contar su desesperación.

—No. Seguiré hablando. Y usted debe de escucharme, porque esto le interesa.

—¿Está usted seguro?

—Cuando menos, debía interesarle.

Y añadió antes de que Michael pudiera replicar:

—Después de destrozar la vida a un hombre, esa mujer siguió su camino tranquilamente. Se fué con el que más le daba.

Se detuvo, le miró al rostro retadoramente y terminó:

—Con un parásito de la sociedad. Con un político miserable.

—Un hombre que la mereció como usted no supo merecerla.

Rodney no pudo seguir disimulando. Se levantó descargando el puño cerrado sobre la mesa y exclamó:

—¡Si fuera usted más joven le rompería la cabeza!

Saludó brevemente y salió de aquella casa con el consiguiente disgusto de su protector.

Susán se levantó también de la mesa y se fué a sus habitaciones,

profundamente afectada por lo que acababa de ocurrir.

Acababa de descubrir que seguía amando a Rodney tanto como el primer día. Acababa de convencerse de que hay amores inolvidables

e imperecederos, y se imaginaba estar entre los brazos de Rodney, mirándose a los ojos con amor infinito.

Y allí terminó aquella fiesta que en un principio tan agradable prometía ser.

XVI

Estaba cambiándose de ropa apresuradamente, con nerviosismo.

Michael la cogió delicadamente por los hombros.

—Pero ¿qué te pasa, mujer?

—Déjame, Mike. Me voy.

Y después de cambiar su lujoso vestido por otro más modesto, el que llevaba cuando entró en casa de Michael, se despojó de todas las joyas que él le había regalado.

Al concejal no le interesaba lo más mínimo que se llevara o dejara las joyas. Lo que le preocupaba era lo que significaba todo aquello, es decir, que iba a perder a Susán.

—¿Conque era ése? — preguntó tristemente.

Y ella repuso con su habitual nobleza:

—Sí, era ése.

Él recurrió a otros procedimientos de convicción al verla tan decidida.

—Piensa bien lo que haces, Susán.

—Ya lo he pensado.

—Ten en cuenta que si te vas esta noche no volverás a esta casa.

—Desde luego.

—Pero ¿no ves que te odia? — inquirió Michael en tono de súplica.

—Al contrario: me ama. Esa amargura, ese desdén que demostraba no era en el fondo sino amor.

—No lo creo.

—Pues yo estoy convencida.

Hubo una pausa. Michael preguntó:

—Y tú... ¿todavía le amas?

—Más que nunca.

—No se lo has demostrado esta noche.

—Me proponía hacerlo sufrir como él me hizo sufrir a mí. Pero esta actitud mía, tampoco era en el fondo otra cosa que amor.

—Pero ¿no tienes amor propio?

—Sólo amor.

—¿Adónde vas a parar?

—Si es con él, no me importa.

Susán se dispuso a salir. Michael la retuvo por un brazo.

—¿Adónde vas?

—A buscarlo.

—Pero ¿adónde, si no sabes donde vive?

—Sí lo sé. Es lo primero que he procurado averiguar cuando lo he visto.

Se despidieron. Susán era agradecida y sabía que aquel hombre la quería sinceramente, aunque sólo con amor de amante.

Murmuró unas palabras de gratitud y de amistad.

Se marchó. Michael intentó resignarse a la pérdida, pero todavía no pudo y salió tras ella.

* * *

—¿Vive aquí míster Spencer?

—Ha vivido hasta hace un momento.

—¿Se ha marchado?

—Sí.

—¿Volverá?

—No. Me pagó y se fué hecho un loco.

—¿Adónde?

—¿Cómo quiere usted que lo sepa?

—¿No dijo nada? ¿No dejó ninguna dirección?

—No. Ya le he dicho que estaba como loco.

Susán volvió al taxi, decepcionada.

Pero antes de subir, se encontró con Michael.

—¿Malas noticias, Susán?

—Se ha marchado—repuso ella con desaliento.

—¿Adónde?

—¡Si lo supiera!...

—Vuelve conmigo. Mañana lo habrás olvidado. Y si no mañana, dentro de unos días.

—No, Mike. No lo olvidaré nunca. Tengo que buscarlo. He de encontrarlo.

—Nueva York es muy grande.

—No importa — insistió Susán con enérgica decisión—. Lo encontraré.

Nueva despedida, breve y amarga, y Susán subió al taxi.

—¿Adónde vamos?—preguntó el chofer.

Ella vaciló un momento. ¿Adónde podía dirigirse para buscar a Rodney?

No lo sabía, Tenía que pensarlo.

Y para no hacer esperar al chofer, le dijo:

—No sé por ahora. Vaya en la dirección que quiera, hasta que le diga que pare.

Arrancó el taxi.

En el interior, los ojos misteriosos de Susán fosforecían, pensativos.

Plantado en la acera, quebrados los labios por una amarga mueca Michael estuvo contemplando el taxi hasta perderlo de vista.

XVII

Un cabaret en las islas del Sur. Calor. Una atmósfera densa, irrespirable. Sudor e insectos.

En los ojos de los hombres se advertía la fosforecencia de la fiebre. Era la naturaleza que vibraba, pujante y potente, después de largos días de tedio y de soledad allí donde sólo había charcas y cañaverales.

Cuando, al cabo de una semana de trabajos incesantes, expuestos a contraer enfermedades terribles, aquellos hombres conseguían un día de libertad, afluían a aquel cabaret, único punto de diversión que existía en la isla. Y cada uno de ellos llevaba consigo días y más días de continencia, de afanes reconcentrados, que estallaban arrolladoramente cuando el alcohol o la presencia de una mujer no del todo vestida pulsaban los resortes vitales del espíritu y del cuerpo.

Las mujeres de aquel cabaret no eran viejas, pero sí menos jóvenes

de lo que se proponían parecerlo. Y otro tanto sucedía con su belleza, a la que el excesivo maquillaje daba aspecto de máscara.

Pocos atractivos tenían aquellas profesionales del placer y de la diversión. De tenerlos no se habrían visto precisadas a ir a aquellas inhóspitas islas a ejercer sus actividades, pues en cualquier ciudad americana o europea habrían encontrado la solución de su vida.

Pero allí, donde no podían ser comparadas sino con las indígenas, el mero hecho de tener la piel blanca las hacía aparecer como prodigios de belleza.

Iban semidesnudas por dos motivos: porque así lo exigía la elevada temperatura de la región y porque así convenía a su oficio.

De aquí que cuando el cabaret se llenaba de hombres que habían pasado semanas enteras de aislamiento, se produjeran escenas que

en otro lugar habrían provocado la intervención de la policía.

Pero en medio de aquellas pobres víctimas del amor y de la miseria, siempre dispuestas a entregarse a unos brazos varoniles, había una que destacaba de las demás como habría destacado una flor surgida milagrosamente en la aridez del desierto.

Susán Lenox era el nombre que había dado al ofrecerse para trabajar en aquel cabaret.

Fué admitida en el acto. ¿Quién podría rechazarla, después de contemplar aquel cuerpo esbelto, aquellos ojos, aquella frente...?

Pero Susán impuso una condición. La de que no la obligasen en ningún caso a acatar los deseos de los clientes si ella los consideraba inaceptables. Alternaría, charlaría, bailaría, reiría siempre que lograra dominar su íntima y recóndita tristeza. Pero nada más.

¿Cómo había ido Susán Lenox a parar allí?

Una palabra basta para justificar y explicar esto: amor.

Desde que aquella noche se separara de Michael Kelly dispuesta

a encontrar a Rodney, no había cesado de perseguirle.

Fácil es comprender el enorme trabajo que representó para ella encontrar una pista en la formidable urbe neoyorkina. Pero enorme era también su deseo, su necesidad de encontrar a su amado y así pudo al fin hallar el camino de las islas del Sur y fijar su residencia en aquel puerto que Rodney visitaba cada tres meses.

El ingeniero había encontrado fácilmente aquel cargo oficial que todos los colegas despreciaban, debido a las penalidades y peligros que encerraba. Para él, sin embargo, no podía haber cargo más a propósito. El buscaba el olvido y en ninguna parte podía encontrarlo mejor que en aquellas islas perdidas en la inmensidad del Pacífico.

¿Se volverían a encontrar? ¿Se cumpliría al fin el anhelo tan heroicamente perseguido por Susán?

Nada podía asegurarse. Lo único cierto era que Susán estaba dispuesta a continuar la persecución en caso de que Rodney, en vez de regresar de su viaje por las islas, como todos los trimestres, diera a su vida un rumbo distinto al que había de conducirlo a aquel puerto.

XVIII

—Siéntese usted, señor. En seguida voy por Susán.

El cliente era un joven norteamericano que viajaba por recreo, y la que había hablado exagerando su amabilidad, la dueña del cabaret.

Había conducido al cliente a un reservado. Era éste un joven de simpático aspecto. Su noble mirada era la mejor garantía de que aquel hombre era muy distinto a los que acostumbraban visitar el cabaret.

La dueña bajó apresuradamente en busca de Susán.

—El millonario te espera, querida. Trátalo bien. Ya sabes que es nuestro cliente más rumboso.

Susán acudió al reservado. También ella prefería la compañía de aquel hombre amable y respetuoso a la de la chusma que llenaba la sala de público.

Le tendió la mano con un gesto que acusaba claramente su fatiga.

—¿Cansada? — preguntó el joven.

—Sí. He bailado lo menos veinte veces el mismo baile.

—Siéntese... Es decir, si no prefiere estar sola.

—Su compañía me es muy grata.

Se sentó. En seguida empezó a abanicarse. El sudor humedecía la nieve de su gran escote. Llevaba un vestido de noche, de tonos vivos, pero bastante modesto. Los escasos ingresos no permitían otra cosa.

—¿Tiene usted calor? — preguntó el americano.

—La piel me arde.

—Para eso tengo yo un remedio infalible.

—¿Cuál?

—La cubierta de mi yate. Allí corre un airecillo delicioso.

Ella movió la cabeza negativamente, con una sonrisa.

—Los yates no me interesan.

El la miró con vivo interés.

—¿De veras?

—¿Por qué había de mentir?

—Es que me sorprende que usted desprecie insistentemente todo lo que le ofrezco.

—No es extraño que le sorprenda. Mi proceder es absurdo dentro de este ambiente, ¿verdad?

—En efecto.

Y añadió tras una pausa:

—La verdad es que este ambiente no es el adecuado a una mujer de su clase. Usted merece algo mucho más elevado y puro. En este momento me está usted pareciendo una santa.

—Estoy muy lejos de serlo—repuso Susán tristemente.

—Lo cierto es que usted no debe vivir aquí. ¿Por qué no se decide a venir conmigo? Mi viaje está aún en sus comienzos. Millares de millas ha de hacer mi yate todavía. Tendrá usted todo lo que una mujer puede anhelar. Bellos vestidos, joyas, comodidades, tranquilidad. Y cuando el viaje termine, me comprometo a darle lo necesario para que no tenga que preocuparse del porvenir.

—Le agradezco mucho tanta generosidad, pero no puede ser.

—¿Por qué? ¿Acaso no le soy agradable?

—Al contrario. Acaso es usted el único hombre digno de ser amado que he encontrado en el mundo. Hubo un tiempo en que todos mis anhelos consistían en encontrar a un hombre como usted, pero ahora no tengo nada que ofrecerle, porque toda yo, en cuerpo y alma, pertenezco a otro hombre.

—Siempre la sombra de ese "él" misterioso. ¿Sabe algo de su vida?

—Nada nuevo. Me han confirmado que viene cada tres meses y que esta vez lleva algunas semanas de retraso.

—¿No se le ha ocurrido pensar que acaso no vuelva? El interior está saturado de malaria.

Ella se estremeció levemente.

—¡Calle! No aumente mi inquietud. Precisamente esa es mi obsesión.

—Perdóneme. ¡Deseo tan vivamente que venga usted conmigo!

—Convénzase de que eso es imposible. Después de lo mucho que he sufrido para dar con él, ¿cree usted que puedo abandonarlo ahora?...

—Pero...

—Es inútil que insista. La última vez que lo encontré no estaba sola

y esa fué mi desgracia. Ahora, sola me ha de encontrar, y sola triunfaré o caeré para siempre.

Hubo una larga pausa. El americano la miraba con expresión feroz.

—La verdad es — confesó — que cada vez me parece usted más ad-

mirable. La mujer que es capaz de amar como usted ama, debe de representar la plena felicidad para el hombre amado.

Nuevo silencio. Este fué interrumpido por una voz de mujer que gritó al pie de la escalera:

—¡Susán, ha llegado el barco!

XIX

Había llegado el barco. Rodney acababa de entrar en el cabaret confundido con un grupo de hombres.

Lo primero que hizo fué dirigirse al mostrador y decir:

—Resérvenme una habitación para esta noche.

En seguida encontró los brazos de una mujer que lo arrastraron a una mesa e inmediatamente encontró sobre ésta una botella de bebida.

Entonces fué cuando una de las compañeras de Susán, la única con la que había intimado y a la que

había puesto al corriente de su gran secreto, corrió al pie de la escalera para gritar:

—¡Susán, ha llegado el barco!

Susán bajó las escaleras apresuradamente y se detuvo ante la mesa que Rodney y su amiga de hacía un segundo ocupaban.

Lanzó una exclamación de asombro:

—¡Rodney!

Un sentimiento de angustiosa sorpresa la dominaba. Rodney estaba transformado. Era difícil reconocer en aquel hombre con aspecto de

mendigo al joven arrogante que ella conoció una noche de tempestad.

También él había adoptado una actitud de terror al verla.

Ya había vaciado varias veces el vaso en su boca y el alcohol comenzaba a producir su efecto; pero esto no le impedía darse cuenta de la magnitud del momento, de aquel instante en que, después de muchos meses de separación, volvía a ver a la mujer que tan enormemente había influído en su vida.

—¡Rodney!

Y, con una mezcla de piedad y emoción, apoyó una mano en su hombro.

—¿Cómo estás?

El estaba tan sorprendido, que no contestó. En cambio, su compañera se encaró con Susán:

—¡Déjalo! Yo lo he visto primero.

Poco a poco, la normalidad se había ido restableciendo en el espíritu de Rodney.

Sonrió de un modo extraño, clavó en Susán una mirada indefinible y preguntó:

—¿Tú aquí?

—Estoy trabajando.

La sonrisa de Rodney se hizo más terrible.

—Conque trabajando, ¿eh? No me extraña. De aquí irás a Argel y tu fin será Port-Said.

Susán permaneció inmóvil, insensible al tremendo insulto.

Dijo en son de súplica:

—¡Ven conmigo!

La compañera de Rodney volvió a protestar:

—¡Déjalo! Me pertenece.

Pero Rodney la apartó bruscamente:

—Entre dos mujeres, yo siempre elijo a la más apetitosa.

Y siguió a Susán al reservado después de apoderarse de su vaso y de su botella.

Estuvieron un momento sentados ante la mesa, sin decirse nada. Entretanto, Rodney bebía, saboreando el fuerte licor.

Sonrió agresivamente.

—¿Sabes que estás muy guapa?

Ella repuso en son de lamento:

—Ya veo que no comprendes por qué estoy aquí.

Y su boca se torció en una amarga sonrisa.

—¡Vaya si lo comprendo! —exclamó Rodney—. Los políticos y las grandes casas no suelen durar... Pero no te preocupes. Bebe.

Susán ni siquiera contestó. No era aquello lo que deseaba después de tan larga y penosa lucha por encontrarle.

Mientras Rodney se obstinara en ocultar su amor bajo la mentira del odio, mientras se empeñara en hundirse en las nieblas del alcohol, no habría medio de que se entendieran.

Ella quería hablar directamente al corazón y éste estaba ahora envuelto por una gruesa capa de nebulosidades y obstinaciones que hacía inútil el intento de llegar a él.

Al advertir su silencio, Rodney preguntó:

—¿Todo eso es lo que tienes que decirme? Creí que me habías llamado para contarme algo.

—Tengo mucho que hablar contigo, pero será otro día.

—¿Por qué no ahora? ¿Acaso quieres hacerte la santa? Te advierto que no soy tan tonto como tú crees.

Ella no contestó. Se limitaba a verlo beber con una mezcla de horror y piedad.

—¿Cómo diablos has venido a parar aquí?

—Dejé a Kelly para buscarte —repuso Susán sencillamente.

—¡Tiempo has tardado! —comentó Rodney con mordaz ironía.

—Es que, al mismo tiempo que de buscarte, tenía que preocuparme de trabajar para vivir.

—¡Trabajar! —comentó Rodney con una carcajada delirante—. ¿A “eso” llamas tú trabajar?

Susán comprendió perfectamente el significado de aquellas palabras.

—Desde la noche que rompí con Kelly ningún hombre ha obtenido nada de mí.

Había sido una afirmación enérgica, de cuya sinceridad era imposible dudar.

Y por eso precisamente, porque la creía, él se revolvió como indignado contra su propia credulidad.

—¡Mientes!—gritó.

—Esa es la verdad—insistió Susán con firmeza—. Nadie desde aquella noche.

Y añadió con un gesto de renunciación y amargura:

—El amor que nos tenemos lo ha estropeado todo.

—¿Que nos tenemos?

—Sí. Es inútil que lo niegues. Es inútil que pretendas odiarme. Tú me amas por encima de todo como yo te amo a ti. Porque en la vida

hay amores que están por encima de todo y contra los que nada puede la voluntad de los seres humanos. Esa es la verdad, Rodney: nos amamos. Y de tal índole es nuestro amor, que nos colocarían a cada uno en un polo del mundo y nos reuniríamos fatalmente.

Sonrió Rodney de un modo que no se sabía si era sonrisa o mueca de sollozo.

Y con un gesto lleno de violencia se bebió el vaso de whisky que había llenado hasta el borde.

Gimió Susán:

—Pero hemos sufrido un grave error. Los dos nos hemos conducido torpemente. Y esa torpeza ha caído de plano sobre nuestras vidas, abrumándonos, aplastándonos.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Lanzó un sollozo, y con el sollozo estas palabras:

—¿No podríamos comenzar de nuevo?

El se irguió desesperadamente, con un movimiento de defensa ante aquellas palabras que le quemaban el corazón.

—¡Eres la única mujer que he querido sólo para mí! ¡No hay rectificación posible! Has puesto una barrera de hombres entre los dos.

Susán seguía llorando. Era un llanto silencioso y lento, hondo y desgarrador. Caían suavemente las lágrimas por sus mejillas.

—Te quiero con toda mi alma, Rodney. Mi mayor dolor fué que me robaran brutalmente esta fidelidad que yo quería y he querido siempre guardarte. Un poco de piedad, Rodney. Quiero estar a tu lado porque sólo así podré soportar la vida. Iré adonde tú ordenes; haré lo que tú mandes. Pruébame de nuevo. Estoy segura de que encontrarás en mí la paz y el amor que tú deseas. Debemos perdonarnos y comenzar de nuevo.

Rodney depositó fieramente el vaso en la mesa y se irguió enloquecido. Sentíase abrasado por el alcohol y por las llamas de aquel amor al que trataba en vano de sobreponerse. Era la sacudida desesperada del que se ve perdido.

—¿Perdonar? Eso suena en mis oídos como un insulto. ¡Calla! Es

inútil que esperes convertirme. Soy como soy y no podrás convencerme de que no te debo detestar. ¿Amar a una mujer como tú? A eso contesto yo con una carcajada.

Se echó a reír con una sacudida delirante. Después, con movimiento inesperado rodeó con sus brazos el talle de Susán y la atrajo hacia él.

—Hablemos el único lenguaje que tú puedes comprender. Todos te han pagado el precio que has pedido. Yo también te pagaré lo que valga tu cuerpo.

Susán había intentado desprenderse de aquellos brazos y huir de aquellos insultos, pero Rodney la retenía fuertemente.

—¿Por qué huyes? —gritó con ferocidad—. ¿No te he dicho que te pagaré?

—¡Suelta! ¡Suéltame!

Se abrió de pronto la puerta y apareció el millonario.

—¿Me necesita usted, Susán?

Rodney se volvió sorprendido.

Se echó a reír al ver al joven que permanecía erguido, mirándole gravemente.

—Uno de tus clientes, ¿eh? —preguntó a Susán; y añadió dirigiéndose al americano—: ¡No lo necesita! ¡Lárguese!

En vez de indignarse, el noble joven le miró compasivamente.

—Estoy enterado de todo—dijo. —Sé muy bien lo que hay entre ustedes. Sé que está usted cometiendo un grave error.

El tono sereno y grave en que hablaba, impresionó a Rodney, que se quedó mirando fijamente al intruso.

Este, en cambio, dirigió una mirada a Susán.

—He de hacerle una última pregunta—dijo con tono suave y sincero—: ¿Quiere usted casarse conmigo?

Rodney se tambaleó sacudido por la embriaguez y la sorpresa.

—¿Casarse?

—Sí. Casarse, porque lo merece. Lo que siento es que ella dude. Y es que ella le ama a usted, que no la merece, y no me ama a mí, que la merezco.

Rodney se llevó las manos a las

sienes, confundido y torturado por mil ideas encontradas.

Acaso tuviera razón aquel hombre. De un modo u otro, lo evidente era que entre él, que la ofendía brutalmente, y aquel joven generoso, todo amabilidad e hidalguía, que le ofrecía casarse con ella, la elección no debía ser dudosa para Susán.

Esta conclusión fué un desgarramiento para su alma. Loco, en un delirio de amor y dolor, vacilante el cuerpo y haciendo gestos desaforados, exclamó:

—¡Estoy hundido en el cieno del pantano! ¡Estoy borracho y lo esta-

ré siempre! Y todo para extirpar tu imagen de mi corazón y de mi cabeza. ¡Vida miserable!... Calor, podredumbre, cieno, alcohol... Todo lo sufro con la esperanza de odiarte y ahora me encuentro con que no sé si te odio. Calor, cieno... ¡miseria!

Y huyó atropelladamente de aquel recinto donde estaba la culpable de su infortunio, culpa de la que empezaba a dudar contra su deseo.

Una mujer le salió al paso al pie de la escalera, con una sonrisa y una invitación.

Pero Rodney la apartó violentamente con un rugido de amenaza.

XX

Unas horas de reposo le transformaron. Al despertar, los recuerdos fueron afluyendo a su mente poco a poco.

En aquella misma casa, bajo aquel mismo techo, estaba Helga, nombre que había sido desplazado por el de Susán Lenox, símbolo de miseria y de infortunio.

Y recordó que un hombre generoso e hidalgo le había ofrecido casarse con ella, dándole una lección a él, que sólo había tenido para ella insultos y escarnios.

No podía ignorar que Susán le amaba. ¿Cómo, si no, habría soportado tanta crueldad?

Estas ideas brotaban ahora con claridad sorprendente en su despejado cerebro, donde sólo una gran duda subsistía.

¿Podía rechazar Susán la proposición de aquel hombre hidalgo, aunque no le amara? ¿Podía rechazarlo después de haber comparado aquella caballerosidad que le aseguraba un tranquilo porvenir, con las violencias y humillaciones de que él la había hecho objeto?

Bien es verdad que había tiempo de rectificar. El podía ir en aquel mismo momento en busca de ella para pedirle perdón. Pero ¿lo deseaba realmente? ¿Amaba todavía a Susán?

Esto era lo único que permanecía en su cerebro confundido aún entre densas nieblas.

Sonaron unos golpes en la puerta del cuarto.

Rodney esperaba a Pat, su compañero de viaje, que había queda-

do en despertarle a la hora de la marcha.

Por eso dijo:

—¡Adelante, Pat! Estoy terminando de vestirme.

Pero la puerta se abrió y entró Susán.

Rodney no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

Se esforzó por demostrar una cortés indiferencia.

—Vienes a despedirte, ¿verdad? Te lo agradezco mucho.

Y añadió mientras se ponía la americana:

—Mis viajes son así. Llegas hoy para volverte a marchar mañana.

Pero Susán no contestaba. Se limitaba a mirarle y él sentía el fuego de amor que aquella mirada enviaba a su rostro.

Un tanto azorado, añadió:

—¿Conque te vas a casar? Me alegro mucho. De verdad te deseo que seas feliz.

Pero ella advirtió la falsedad de aquellas palabras y de aquella actitud.

Se acercó a él hasta poderlo co-

ger de un brazo y le dijo mirándole a los ojos:

—No nos engañemos, Rodney... Bien sabes a qué he venido. Dime: ¿quieres que volvamos a empezar? Sale un barco esta noche. Partamos hacia una nueva vida.

El permanecía inmóvil. Había en sus ojos una sombra de duda, pero no la crueldad que la noche anterior había empujado a sus labios la mofa y el insulto.

Ella continuó en el mismo tono de súplica:

—El daño que nos hemos hecho nos ha unido estrechamente. Somos dos inválidos que sólo juntos podremos andar derechos por la vida.

El temblaba de emoción y en sus ojos se advertía claramente que no podía sobreponerse a la ternura que le dominaba.

—No puede ser—dijo débilmente, sin convicción—. Ni puede ser ni debe ser. Hay un hombre rico y generoso que te ofrece lo que tú siempre has deseado: el anillo. En cambio, yo no puedo ofrecerte más que una vida miserable, con el triste espectáculo de mis borracheras.

Acepta lo que ese hombre te ofrece.

Pero ella apretó aquel brazo que tenía cogido.

—No, Rodney, no. Quiero la vida a tu lado, sea como sea. Te quiero a ti, aunque te emborraches. Pero yo estoy segura de que dejarás de beber, porque estoy segura de lograr que creas en mí. Lucharemos juntos. Triunfaremos. Seremos felices. Hemos pagado a la vida nuestro tributo de sufrimiento. Ahora hay que esperar la compensación.

Se detuvo un instante y añadió, vibrante de fe y esperanza:

—¡Abrázame, Rodney! Mi corazón está en tus manos; quiero que tengas mi cuerpo también. Amame, Rodney. Te juro que esta vez no tendrás que arrepentirte.

Y el triunfo no se hizo esperar. Los brazos de Rodney rodearon el cuerpo de Susán.

Y con un beso sellaron aquel pacto por el que se comprometían a emprender un nuevo rumbo de amor y felicidad.

F I N

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

La Novela Semanal Cinematográfica

AL APARECER ESTA NUEVA EDICIÓN HAN SIDO PUBLICADOS LOS NÚMEROS SIGUIENTES:

La viuda alegre	La melodía del amor.	La princesa se enamora.	Honor entre amantes.
El gran desfile.	Cristina, la Holandesa.	Amanecer de amor.	Para alcanzar la luna.
Miguel Strogoff o el	¡Viva Madrid, que es	El gran desfile (edición	El hombre que asesinó.
Correo del Zar.	mi pueblo!	popular).	¡Ríndase!
La princesa que supo	Sombras blancas.	Du Barry, mujer de	La calle.
amar.	La copia andaluza.	pasión.	El prófugo.
El coche número 13.	Los cosacos.	La viuda alegre (edición	Milicia de paz.
Sin familia.	Icaros.	popular).	Amores de medianoche.
Mare Nostrum.	El conde de Montecristo.	Ángeles del infierno.	Miguel Strogoff o el
Nantás, el hombre que se	La mujer ligera.	Cuerpo y alma.	Correo del Zar (edi-
vendió.	Virgenes modernas.	El impostor.	ción popular).
Cobra.	El pagano de Tahiti.	Esposa a medias.	La hermana San Sulpicio.
El fin de Montecarlo.	Estrellas dichosas.	Esclavas de la moda.	El demonio y la carne
Vida bohemia.	La senda del 98.	Petit Café.	(edición popular).
Zará.	Esto es el cielo.	Hay que casar al prin-	La dama misteriosa.
¡Adiós, juventud!	Espejismos.	cipe.	Los clavos de la Virgen.
El judío errante.	Evangeline.	Inspiración.	Pereja de baile.
La mujer desnuda.	Orquídeas salvajes.	El proceso de Mary	Alma libre.
La tía Ramona.	El caballero.	Dusan.	Al Capone (Pánico en
Casanova.	Egoísmo.	En cada puerto un amor.	Chicago).
Hotel imperial.	La máscara del diablo.	Marruecos.	Mi último amor.
Don Juan, el burlador	El pan nuestro de cada	¡Conoces a tu mujer?	Muchachas de uniforme.
de Sevilla.	día.	El millón.	Marido y mujer.
Noche nupcial.	Vieja hidalguía.	La mujer X.	Mata-Hari.
El séptimo cielo.	Poseción.	Gente alegre.	Congorila (fuera de se-
Beau Geste.	Tentación.	Mar de fondo.	rie).
Los vencedores del fuego.	La pecadora.	La llama sagrada.	Carceleras.
La mariposa de oro.	El beso.	La fruta amarga.	Erase una vez un vals.
Ben-Hur.	Ella se va a la guerra.	La ley del harén.	Hombres en mi vida.
El demonio y la carne.	Los hijos de nadie.	Vidas truncadas.	Niebla.
La castellana del Líbano.	El pescador de perlas.	La fiera del mar.	Rebeca.
La tierra de todos.	Santa Isabel de Ceres.	Tabú.	Indeseable.
Tripoli.	Las dos huérfanas.	El pasado acusa.	Tarzan de los leones.
El rey de reyes.	La canción de la estepa.	Papá piernas largas.	El terror del hampa.
La ciudad castigada.	El precio de un beso.	Trader Horn.	La vuelta al mundo por
Sangre y arena.	La rapsodia del recuerdo.	Un yanqui en la corte	Douglas Fairbanks.
Águilas triunfantes.	Delikatessen.	del rey Arturo.	Chica bien.
El sargento Malacara.	Del mismo barro.	El código penal.	Recién casados.
El capitán Sorrell.	Estrellados.	La pura verdad.	Champ (El campeón).
El jardín del edén.	Cuatro de infantería.	Maternidad, o el derecho	La zarpa del jaguar.
La princesa mártir.	Olimpia.	la vida (fuera de se-	Los amores de José Mo-
Ramona.	Monsieur Sans-Gêne.	rie).	jica (fuera de serie).
Dos amantes.	Sombras de gloria.	Carbón (La tragedia de	El caballero de la noche.
El príncipe estudiante.	Mamba.	la mina).	Arsène Lupin.
Ana Karenine.	Ladrón de amor.	Estudiantina.	La dama del 13.
El destino de la carne.	Molly (la gran parada).	Las peripecias de Skippy.	Amor en venta.
La mujer divina.	El valiente.	¡Qué viudita!	El pecado de Madellón
Alas.	¡De frente... marchen!	El camino de la vida.	Claudet.
Cuatro hijos.	Prim.	Noches de Viena.	La casa de los muertos.
El carnaval de Venecia.	El presidio.	Mamá.	Titanes del cielo.
El ángel de la calle.	Romance.	Eran trece.	El proceso Dreyfus.
La última cita.	El gran charco.	Cheri-Bibi.	La vida de un gran ar-
El enemigo.	Tempestad.	Bésame otra vez.	tista.
Amantes.	El dios del mar.	Camarotes de lujo.	El último varón sobre la
Moulin Rouge.	Anne Christie.	Los hijos de la calle.	Tierra.
La bailarina de la Ope-	Sevilla de mis amores.	La divorciada.	Pantomas.
ra.	Horizontes nuevos.	Madame Satán.	Violetas imperiales.
Ben Ali.	Ben-Hur (edición popu-	¡Cuándo te suicidas?	Soy un fugitivo.
Los cuatro diablos.	lar).	Mariquita.	Terresita.
¡Ríe, payaso, ríe!	La incorregible.	El carnet amarillo.	La película de las estrellas
Volga, Volga.	El malo.	Honrarás a tu madre.	Grand Hotel (fuera de
La sinfonía patética.	El pavo real.	Su última noche.	serie).
Un cierto muchacho.	Bajo los techos de París.	Las alegres chicas de	Hollywood al desnudo
¡Nostalgia!	Vu-li-chang.	Viena.	Sangre roja
La ruta de Singapore.	Montecarlo.	¡Viva la libertad!	Emma
La actriz.	Camino del infierno.	Malvada.	Primavera en otoño
Mister Wu.	¡Mio serás!	El teniente del amor.	El hijo del destino
Renacer.	¡Aleluya!	Deliciosa.	Ella o ninguna
El despertar.	La mujer que amamos.	Cielo robado.	El enemigo en la sangre
Las tres pasiones.	Al compás de 3/4.	Amargo idilio.	El azul del cielo

Próximo número:

La sensacional novela basada en la tra-
ta de blancas

MERCADO DE MUJERES

por DITA PARLO y HARRY FRANK

En preparación:

LA MANO ASESINA

Emocionante asunto, interpretado por
BEN LYON y B. WEEKS.

¡Hágase reservar sus pedidos desde ahora mismo!

¡Siempre lo mejor!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada
Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Coleccione usted los nuevos
aciertos de

Ediciones BISTAGNE

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elisa Landi, Victor Mac Laglen, etc.

LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.

AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Bárbara Stanwyck.

UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians, Hans Stowe, etc.

UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.

JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon.

PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.

PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.

BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.

LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.

EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, Loretta Young, etc.

CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.

CONDENADO, por Ronald Colman.

MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Mary Glory y René Lefebvre.

ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh Anita Page, etc.

EL DORADO OESTE, por George O'Brien.

ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett y Ben Lyon.

LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron y Seena Owen.

SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Barthemess, Mae Marsh, etc.

TRAS LA MÁSCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.

TRES RUBIAS, por Ina Claire, Madge Evans, Joan Blondell, etc.

ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy, etc.

Lujosa presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché.

Precio: **50** céntimos

LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDÚ (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.

EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.

NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Liane Haid y Gustav Froehlich.

LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.

¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day y Wolfgang Klein.

PAJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.

LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebuhr, etc.

UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.

DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.

EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.

RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.

ABISMOS DE PASION, por Jean Harlow y Walter Byron.

LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakelield, etc.

Inmejorable presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché.

Precio: **50** céntimos

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - Ilustraciones en papel couché. Precio: **50 cts.**

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché. Precio: **50 cts.**

La Novela Cinematográfica del Hogar

32 páginas de texto. - 5 Ilustraciones interiores. Postal-regalo. Precio **30 cts.**

EL SOBRE SEMANAL

Conteniendo una novellita de cine completa con su correspondiente postal, a **15 cts.**

AVENTURAS FILM

Asuntos de emoción completos, inmejorable presentación y excelente texto, a **15 cts.**

Colección Idolos populares

Biografía de los artistas favoritos de la juventud. Cómo se formaron. Cómo llegaron a artistas de cine.

Precio **15 cts.**

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas. 220 títulos publicados. Precio: **1 peseta**

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

Exclusiva de distribución en
España

**SOCIEDAD GENERAL ES-
PAÑOLA DE LIBRERIA,
DIARIOS, REVISTAS Y
PUBLICACIONES, S. A.**

Barbará, 16 - BARCELONA

Evaristo San Miguel, 11 - MADRID

E. B.

Precio: Una peseta